

## DOMINICANIDAD PERVERSA

Joaquín Balaguer y lo moderno de lo dominicano

---

Miguel D. Mena

---

### LA LEYENDA

**Con la muerte de Joaquín Balaguer** no ha terminado un período distintivo de la historia dominicana. Innegablemente, ha desaparecido la figura política más influyente de los últimos 45 años y de hecho, responsable como el que más de la insipiente de nuestras instituciones.

**En ese período, nadie como él supo aclimatarse a toda circunstancia** y derivar el máximo de provecho de la ignorancia y vicios de una sociedad en vías de desarrollo. Qué Balaguer haya sobrevivido políticamente tantos años y acumulado poder hasta el final, desdice de nuestro liderazgo.

**“Su éxito”, escribíamos recientemente,** “no ha residido en marginar de sus gobiernos y praxis, las normas democráticas, sino en servirse de y acentuar la anemia de nuestra cultura democrática... Y coronado su triunfo al ver en el mismo lodo a sus oponentes y críticos”.

**Represión, fraudes electorales, apego oportunista a las formas democráticas, desarrollismo, corrupción y pactos maquiavélicos** se repiten y compiten por espacio a lo largo de una vida política caracterizada por la

ambición de poder. ¿Cuáles otros motivos, a no ser compensación por traumas nunca explicados a cabalidad, pero insinuados en *Memorias de un Cortesano*?

**El ejemplo de Balaguer ha sido nefasto.** Su representación del arribista ha calado la sociedad. La permanencia en el tope sin reparar miramientos, la “presupuestofagia”, la zancadilla oportuna y la amoralidad se han impuesto como guías: testimonio real de que un mejor conocimiento del humano, en verdad acrecienta el amor por los caninos.

**Sin rival en la encarnación del macho político** o de la sentencia shakesperiana de que la ausencia de una virtud se suple con la hipocresía, a Balaguer lo beneficiará la connivencia, tácita o abierta, de quienes lo han sucedido en el poder. Tanto así, que las elecciones de 1970, 1974 y 1994 se le imputan ya como “triumfos”. Y cuantos esfuerzos se hicieron en el gobierno de Leonel Fernández para esclarecer el asesinato de Orlando Martínez —del que Balaguer confesó tener conocimiento— son reputados como “errores” y causas de la adversión reformista hacia el PLD.

**Esa traslación de valores**, tan cónsona con el balaguerismo, debería preocuparnos. El antídoto también lo rescató Balaguer de la peor tradición política: un escándalo sepulta otro, y nada más débil que la llamada memoria colectiva.

**Afortunado somos, después de todo**, que Balaguer nos deja sin la inconveniencia de un corpus doctrinal, en el que haya recogido y conceptualizado sus experiencias de poder. Recibamos ese vacío intelectual o maquiavélico, como su redención final.

**Aníbal De Castro**

*Diario Libre. Martes 16 de julio, 2002.*

## INTRODUCCIÓN

Este título es todo un riesgo. ¿Pensar la modernidad en el país dominicano? Tengo que diseccionar cada concepto, lanzar anclas a realidades y construcciones, a supuestos y algunas certezas. Antes de entrar en estas aguas debe uno preguntarse sobre los alcances del “pensar”, los objetos propuestos, los soportes cognocitivos que se disponen. Luego, hay que fijar algunos de los sentidos de “la modernidad” dentro de un mar de definiciones cada vez más acrecentado. Finalmente, determinar que “el país dominicano” es sólo una enunciación que sirve para dar paso a una miríada de objetos y sujetos, de discursos y relaciones de poder, pero sin conllevar una vocación totalizadora. A pesar de la sensación que se tiene –se está como ante las piezas que siempre sobrarán de cualquier reparación de un artefacto casero-, en esta empresa se tiene la idea de que al menos quedarán marcas para mejores –y posibles- caminos.

Partamos de una afirmación: El pensamiento de/sobre República Dominicana ha seguido siempre cierta razón instrumental. Desde dentro se ha pensado a partir de conveniencias políticas, del status que el saber representa, pero también, muchas veces, desde una vocación crítica y alternativa a lo establecido.

Desde afuera de la Isla, las posibilidades de objetivización han sido mayores, aunque las mismas se hayan dado en el marco de los saberes o intereses coloniales, cuando no a partir de una situación de exilio.

De un lado y de otro, hay un corpus de conocimientos que se niegan a las clasificaciones y reproducciones de viejas consignas. Si comienzo pensando lo que se ha pensado sobre el pensar en el país dominicano, es por cierta necesidad de fundamentar un nuevo discurso de la dominicanidad.<sup>1</sup> Es por re-situar momentos del ser y del estar histórico a la luz de los últimos desarrollos de nociones como “poder”, “orden”, “ideología”, “modernidad”. Si entrecomillo

1) Esta empresa le debe mucho a los avances propuestos por Michel Foucault (1926-1984), para quien el discurso, en un sentido formal, “está constituido por la diferencia que permanece entre aquello que se podría decir correctamente en una época (respetando las reglas de la gramática y de la lógica) y lo que efectivamente se ha dicho” (1991: 62). Más Foucault se plantea “el análisis del discurso mismo en sus condiciones de formación, en la serie de sus modificaciones, en el juego de sus dependencias y de sus correlaciones (ib.: 63-64).

tales conceptos, es porque los mismos no podrían operar aquí a partir de definiciones únicas, desde las cuales deberían dividirse los ríos y conducirse el lector a alguna tierra prometida.

En nuestro pasado más reciente —las dos últimas décadas del siglo XX—, hemos sido testigos de una profunda transformación de valores y sujetos. El campo se ha volcado sobre las ciudades. Los medios de comunicación han reformulado el imaginario nacional. Se han experimentado a nivel de gobernabilidad las tres opciones políticas, con el resultado final de la no-diferenciación, del agotamiento de viejas fuerzas y la nublazón en la percepción de nuevas en el panorama inmediato. Todo ello ha representado una sensible conmoción dentro de las ciencias sociales, algo que la tradición política alemana define como como "Politikverdrossenheit", y que malamente se podría traducir como el desapego o la desilusión ante lo político.

A la carencia de estudios y seguimientos del desarrollo de nuestra realidad, se le agrega el carácter tecnocrático del saber. Por razones de sobrevivencia, la crítica marxista que surgió entre los sesenta y los setenta, tuvo que guardar sus bártulos en los ochenta. Se ha tenido que recluir mayoritariamente en organizaciones no-gubernamentales o en oficinas de planeamiento, desde muchas de las cuales sólo se puede administrar la crisis. Por su parte, dentro del panorama político se ha producido una recomposición del viejo pensamiento conservador, que refuerza las tradiciones más autoritarias de la sociedad dominicana.

A este panorama se le agrega la emergencia en estos dos decenios de un sujeto que ha estado tomando cada vez más fuerza. Me refiero al del "dominicano ausente". No sólo experimentamos su peso económico y numérico —de cada diez dominicanos, hay más de uno que vive en el exterior. También estamos frente a un problema de definición: ¿A partir de qué se es "dominicano"? Pienso en el más de un millón de nacionales que viven en los Estados Unidos, y en una comunidad que en Europa ya rebasa los cincuenta mil. Pienso además en la segunda y tercera generación que va surgiendo y que asume un sentido portátil de la identidad nacional, sin tener que adscribirse a lo que normalmente se entiende por dominicano. A este fenómeno le he llamado "extra-dominicanidad". Si hay algo que también ha revolucionado el "dominicano ausente", ha sido el habernos advertido los sentidos que ha tenido nuestro sentido de insularidad a lo largo del siglo XX.

Para constituir estas vías de acceso a la modernidad y postmodernidad criolla, me serviré de un corpus literario y de componentes del espacio que han operado como marcas del imaginario y las autopercepciones nacionales. La propuesta que ahora hago es la de una lectura múltiple e interdisciplinaria de los discursos que han permeado la percepción de lo nacional dentro de la puesta en escena de la dominicanidad. Los espacios a elevar bien pueden provenir de la literatura, o de los planos donde se desplaza la cotidianidad. Lo que interesa es problematizar la manera en que el dominicano ha ido conformando sus espejos de modernidad y el imaginario resultante.

Trataremos de recuperar la pertinencia de nuestra caribeñidad final y los puentes en los que estaremos al iniciar un nuevo milenio.

## **PROPUESTAS HOSTOSIANAS PARA UN NUEVO SUJETO**

Al pensar lo moderno en el país dominicano hay que remitirse a la labor de un puertorriqueño, el maestro Eugenio María de Hostos (1830-1903). Con él no sólo llegaban los aires más modernos en el quehacer pedagógico y jurídico en aquel último cuarto del siglo XX, sino también la vocación más definida de cambios en la percepción del sujeto intelectual.

Luego de una primera y corta estancia entre 1875-76, Hostos habría de establecerse en el país dominicano en 1880, comenzando así una labor cuyos efectos todavía vertebran el sino de lo democrático-nacional.

Pero antes de adentrarnos en su pensamiento contemplemos las coordenadas de aquella segunda República.

El movimiento restaurador que nos devolvió la independencia, luego de cuatro años de Anexión a España (1861-1865), trajo consigo un reposicionamiento del saber y la solidificación del peso de sus élites. Surge una preocupación por cuestionar, dentro de la historia más reciente, el papel del caudillismo, la viabilidad de la nación, el reconocimiento de sus componentes sociales y políticos.

La región cibaëña concentrará estas tendencias democratizantes, en las figuras de dos intelectuales que alternativamente ejercieron la política y el periodismo. A Ulises Francisco Espaillat (1823-1858)

y Pedro Francisco Bonó (1828-1906) no sólo los vinculó la lucha contra los gobiernos de Buenaventura Báez (1849-53, 56-58, 65-66, 68-74, 76-78), sino también los reclamos de mayor civilidad al interior de la sociedad. Bonó pronto sería uno de los abanderados de las más tempranas corrientes de pensamiento que se preguntaban sobre el peso de la naturaleza en el orden social. Su novela "El montero" (1856) se convertiría en el primer gran fresco de la realidad nacional, con su mundo de violencia en el medio rural. Tras el peso de estas personalidades, surgirían dos vertientes que igualmente se preguntarían, desde el conocimiento histórico, por el devenir de la nación y sus prohombres: Una conservadora, regalista, encabezada por Manuel de Jesús Galván (1834-1910), y otra nacionalista, con el historiador José Gabriel García (1834-1910). Mientras el primero nos legaría "Enriquillo" (1879-1882), novela cumbre del indigenismo latinoamericano y de un tardío romanticismo, García se habría de enfrascar con la historia más tradicional. El papel del autoritarismo, como necesidad o naturaleza, habría de constituir uno de los temas fundamentales de discusión. La influencia de este pensamiento, sin embargo, no trascendió el de la limitada opinión pública concentrada en los dos o tres enclaves urbanos, debido al escaso desarrollo de la sociedad civil.

Dentro de este panorama de recomposición del pensamiento dentro de la segunda República, y a las puertas de la última dictadura del siglo, la encabezada por el segundo gobierno de Ulises Heureaux entre 1887 y 1899, el momento germinal, de apertura, podrá establecerse hacia 1880. El 184 de febrero de ese año abre sus puertas la Escuela Normal de Santo Domingo, a instancias de Eugenio María de Hostos. No solamente se trataba de instalar un sistema educativo que sirviera de soporte al desarrollo de la sociedad, sino una propuesta revolucionaria en torno a conceptos hasta entonces diluidos en lo más general de la moral y cívica católica.

Hostos volvía a la isla en 1879, luego de agotar un largo periplo que incluía años de estudios de España, de luchas por el reconocimiento de la independencia de Cuba y Puerto Rico, de ansias confederativas antillanas, y de una ardua labor en Chile y Argentina. Hasta ese momento el escritor, el artista, el intelectual dominicano, sus saberes, se habían visto mediados por alguna adscripción partidaria o a una estructura de gestión política. Con

Hostos viene una nueva figura de intelectual: el krausiano,<sup>2</sup> que es organizador, potenciador no sólo de una nueva subjetividad sino también de una transformación dentro de las estructuras sociales.<sup>3</sup> Pronto se convierte en una figura aglutinante, que no sólo comparte una gran preocupación sobre el tema del desarrollo con el paladín del liberalismo, Gregorio Luperón (1839-1897), sino que sirve como soporte a las luchas de independencia en su patria Puerto Rico y en Cuba. También está en comunicación con Bonó, de quien recibe en 1884 una propuesta de "luchar contra los imbéciles".<sup>4</sup>

La utopía hostosiana partía de una visión crítica sobre el sujeto colonial. Aquel niño de doce años que es enviado a España a estudiar el bachillerato, de pronto advierte la patria que ha dejado atrás y cuyos derechos nunca serán reconocidos por la metrópoli, ni aún cuando se proclama la primera República española (1873). Si bien comienza inquietándose por la política, pronto accederá a un grado más profundo, el del sujeto mismo. Junto a un problema sociológico, también se plantearía uno antropológico:<sup>5</sup>

Hostos buscaba determinar el papel de la razón dentro de un yo responsable con su medio social. En su *Diario* ya había apuntado: "*Sé que el sentimiento y la fantasía dificultan la realización de mis*

- 
- 2) El krausismo fue un movimiento de renovación pedagógica inspirado en las enseñanzas de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) y difundido en España a través de su discípulo Julián Sanz del Río (1814-1869). En el mismo se priorizaba el desarrollo de una personalidad consistente, consciente de su yo, tendiente al laicismo, dentro de un principio de "racionalismo armónico", con una visión enciclopedista. Hostos se convertiría en uno de sus mayores impulsores en América, dejando su marca no solamente en Dominicana, sino también en Chile y Argentina. Pedro Henríquez Ureña concebiría al Maestro dentro de un "misticismo ético" (t. IX: 334).
  - 3) En sus "Notas sobre nuestro movimiento literario" (1906), Américo Lugo escribió: "Lo que podría llamarse literatura nacional no comienza sino después de la llegada a la República del eminente educacionista Eugenio María de Hostos, quien reformó por completo la enseñanza, propagó el amor al estudio y vertió tan sano y abundante caudal de ideas en nuestro ambiente, que puede compararse a un faro radiante que, al señalar los escollos cercanos, alegría y guía en alta mar a las embarcaciones distantes" (1993, t. II: 140).
  - 4) Ver el prefacio de Emilio Rodríguez Demorizi a "El Montero", Colección Pensamiento Dominicano, Julio D. Postigo e hijos, Editores, Santo Domingo, 1968, nota 5.
  - 5) Víctor Massuh, "Hostos y el positivismo americano", incluido en su obra "América como inteligencia y pasión", Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1955, p. 14.

*ideas, pero sé que sólo de ese equilibrio de fuerzas, de esa comunión de facultades salen los hombres completos*".<sup>6</sup> Para él la política debía elevarse al carácter de ciencia, eliminándose así el sentido escolástico que hasta entonces la dominaba:

"La realidad es que siendo el arte político un derivado de las ciencias que tienen por objeto el estudio del orden social y del orden jurídico, que directamente se basa en el orden moral, el arte tiene que buscar sus reglas en donde buscan sus leyes las ciencias de que emana. Y no hay más que decir: con eso basta. Sólo a ignorantes absolutos o a consumados hipócritas ha podido ocurrir la idea de separar lo que es inseparable por naturaleza, y de quitar al arte de ponderar el poder con el derecho la dignidad que le da su origen. Política sin moral, es indignidad; cualquier juego de azar, siendo tan indigno como es el juego, es más digno que la política divorciada de la moral, porque, al menos, en sus lances repugnantes no aventura más moralidad que la del jugador y sus cómplices"<sup>7</sup>

Seguidor de las teorías de Auguste Comte (1798-1857) en cuanto a la intelección de los procesos históricos —la teorías de los tres estadios—<sup>8</sup>, del francés adapta lo más revolucionario de su tiempo, la búsqueda de una clasificación para componer conceptualmente el orden social.<sup>9</sup> Dentro de este espíritu clasificatorio, plantea las leyes que a su parecer conformaban lo orgánico social.<sup>10</sup>

---

6) Obras Completas, t. I: 235.

7) Hostos 1982: 219.

8) Los mismos serían el teológico —o estadio del mito—, el metafísico —o el abstracto—, y el científico, que vendría a ser el positivo. Hostos se hizo eco de estas teorías comtianas. En el capítulo II de "Moral social" lo toca tangencialmente al hablar de "la insuficiencia de los motivos que teólogos, metafísicos y moralistas han atribuido a todas y cada una de las ramas de la moral" (1982: 157).

9) Manuel Maldonado-Denis señala que para Hostos, "el positivismo es una metodología que permite el análisis científico de la realidad social. No es un dogma ni una religión secular. Por eso lo que del positivismo en Europa y otras latitudes toma un cariz marcadamente conservador, en manos de Hostos se convierte en un ágil instrumento al servicio de la razón humana" (Hostos 1982: XXIII).

10) "El más alto mérito de Hostos como sociólogo se basa en su concepción de siete leyes que rigen toda la vida superorgánica, aunque el enunciado de ellas (esto es: "la descripción de su modo de actuar") sea más o menos discutible" (Henríquez Ureña t. I: 116). Estas leyes serían: de sociabilidad, de los medios o de procedimiento, de trabajo, libertad y progreso, del ideal y de conservación (ib.).

Este peregrinaje suyo, que podría decirse había sido asumido como una vocación, que lo llevaría a España, Nueva York y el Cono Sur, que nunca más lo dejaría en su vida, lo impregnaría de una concepción trascendental con respecto al sujeto y sus mediaciones. A partir de aquí la situación clásica —o colonial— del intelectual sufre una conmoción. No sólo hay una pregunta por la acción del sujeto, sino por sus contenidos éticos, que por cierto, tendrán en lo estético una especie de equilibrio. Los dilemas hamletianos respecto a la duda del sí-mismo también habrán sido explorados por la aguda inteligencia del pedagogo.

A partir de estas inquietudes se irá facturando una generación que crecerá a la sombra suya. Pronto se graduará la primera hornada moderna de maestros dominicanos. Una especial atención merecerá dentro de este programa la formación de la mujer<sup>11</sup>. Salomé Ureña (1850-1897), una de las más estrechas y decididas colaboradoras del proyecto, funda en 1881 el Instituto de Señoritas. La influencia de los nuevos paradigmas alcanza incluso la poesía. En los poemas "Ruinas", "Mi ofrenda a la Patria", "Mi Pedro", Ureña trazará líneas reclamatorias de un trascender la condición colonial y una búsqueda de principios de nuevo desarrollo social.<sup>12</sup>

De la escuela tendría que salir el principio de regeneración moral y social de la nación dominicana. Vemos que el hostosianismo no sólo es una nueva manera de producir saber, sino también el generador de una poética, el asentamiento de un imaginario guiado por un concepto moderno de progreso.

A pesar de que Hostos tendrá que marcharse del país en 1888 y de que su Escuela Normal no sobrevivirá mucho tiempo sin su presencia (1890), en razón de la presión ejercida por la dictadura de Ulises Heureaux, bajo su influencia se perfilará el tipo de intelectual dominante hasta los años 30 del siglo XX. No sólo

---

11) Ver Vicioso 2001.

12) Ver Manuel Valldeperes, "*Salomé Ureña, poetisa y maestra*", Revista Interamericano de Bibliografía, vol. XIX, no. 1, enero-mayo 1969, Washington, pp. 23-38; Vicioso, Sherezada, "*Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897): A cien años de un magisterio*" Editora de Colores, Santo Domingo, 1997; Ester Gimbernat González, "*Salomé Ureña, patriota y letras*", en Luis Jiménez, compilador: "*La voz de la mujer en la literatura hispanoamericana fin-de-siglo*". Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José, 1999, pp. 101-113; René C. Izquierdo: "*Salomé Ureña de Henríquez: Trascendencia literaria y social de su obra*", Baquiana, Miami, Año I N<sup>o</sup> \_.

estaban los maestros normales, sino una serie de corrientes de ideas procurando un concepto de orden nacional al margen del caudillismo y su secuela de guerras y caos. Emilio Prud'Homme (1856-1932), Américo Lugo (1870-1952) y Pedro Henríquez Ureña (1884-1946), fueron parte, desde sus muy variadas posiciones y trabajos, de aquella generación hostosiana.<sup>13</sup> Ellos fueron intérpretes de las limitaciones de la sociedad dominicana para alcanzar un estado de paz social y desarrollo. Lo hicieron apelando a criterios muchas veces divergentes entre sí, pero se expresaron a partir de un elemento en común: con la suficiente capacidad crítica, a partir de cierto sustento en la reflexión ética. Otros que también incidieron dentro de esta reconceptualización, como José Ramón López (1866-1922), si bien no tuvieron una relación directa con la escuela, sí pudieron beber de sus fuentes de decir responsable.

Se abrió un camino de búsqueda de conceptos diferenciadores con respecto a los centros coloniales –España primero, y luego los Estados Unidos, al confirmarse su vocación imperialista luego de 1898, con el caso de su dominación sobre Cuba y Puerto Rico. Se planteó un visión secular del sujeto y de su objeto de conocimiento. A pesar de que se trató –entonces y ahora- de situar a Hostos como un espíritu contrario a la Iglesia, el hecho es que él sólo se enfrentó al escolasticismo imperante, el que resolvía los problemas cognoscitivos a partir del criterio del destino divino y de la fe, y sobre todo, el carácter estatalizante de la institución eclesial.

---

13) Andrés L. Mateo plantea que “el hostosianismo, cuyo fundamento social darwinista le confirió un matiz excluyente, a partir del cual los pensadores tradujeron la incapacidad de la clase gobernante de conformar instituciones estables, atendiendo al paradigma de nación burguesa, como una característica invalidante del pueblo nación” (1993:69). Si bien es cierta la crítica de Hostos a usos y costumbres populares, que incluso presenta como “sostenedores de barbarie” –como “la pelea de gallos y los fandangos” – (Gonzalez 1999: 100), el concepto “excluyente” requeriría una mayor y mejor explicación. ¿Qué se “excluía” cuando se subrayaban estas adscripciones a formas no necesariamente acordes con un ideal de civilidad trascendente de lo colonial? La exclusión presupone la inclusión, si es que hacemos un razonamiento spinoziano. Además, adjudicarle a Hostos una visión “darwinista” es un proceder muy arriesgado. Pedro Henríquez Ureña acerca al Maestro más a las posiciones de orden de Herbert Spencer y de August Comte, que al genio de Charles Darwin (ver “*La sociología de Hostos*”, en OC., t.I: 113-120).

Al ubicarse al nuevo educando como sujeto no inmediatamente religioso, cuando proclama su educación laica, lo hace a partir de un nuevo concepto de responsabilidad, que visto desde una óptica cristiana, no hace más que reforzar sus contenidos éticos de comprensión y solidaridad.

Lo que cuestiona, tanto en el "Tratado de sociología" (1904)<sup>14</sup> como en "Moral social" (1888), son las estructuras burocráticas eclesiásticas y su prácticas oficializantes.<sup>15</sup> Es la manera en que una comunidad de creyentes se ha convertido en una Institución.<sup>16</sup>

Estos serían los perfiles críticos con respecto al saber, el Estado y el orden con los que el intelectual dominicano, de factura hostosiana, vendrá a recorrer los tres primeros decenios del siglo.

---

14) "Es indudable que si la obra de los verdaderos fundadores del cristianismo del Estado hubieran tenido representantes humanitarios y no sectarios, en el pontificado católico, la Cristiandad habría concluido por ser efectivamente un hecho de la realidad internacional de Europa, y que este hecho habría concluido por ser expresado jurídicamente en un Estado internacional. Pero como desgraciadamente los jefes de la Iglesia, desde Hildebrando hasta Sixto V, no pensaron en otra cosa que en organizar una iglesia prepotente como entidad espiritual y temporal, se malogró la ocasión que, desde el siglo IV hasta el XVI, hubo de reunir a todos los Estados cristianos bajo un Estado común" (Hostos 1982: 98).

15) Resulta curioso que hasta su hijo, Eugenio Carlos de Hostos, en la "Antología" que publicara en 1952 (Madrid: J. Bravo), eliminara un fragmento bastante crítico con respecto al catolicismo. En el capítulo XXXVIII de "Moral social" que selecciona, "La moral y el tiempo", en el octavo párrafo, luego de la pregunta que se hace Hostos: "¿Qué sería de ese hormiguero de racionales, si sus religiones no le hicieran soportable el tiempo?", procede a la eliminación de lo siguiente: "*¿Qué de los doscientos millones de católicos que generalmente pululan en las sociedades menos industriales de Europa y América, si el culto de su Iglesia no los divirtiera casi todos los días del tiempo que casi continuamente les sobra?*", que bien puede leerse en la edición de Manuel Maldonado-Denis (1982:268).

16) Sería útil plantearse posteriormente un análisis comparativo entre estos planteamientos respecto a lo eclesiástico, entre Hostos y Max Weber (1864-1920). Un punto de partida podría ser la manera en que ambos enfrentan los contenidos bíblicos —que podrían considerarse proféticos—, en relación al desarrollo de la Comunidad (Gemeinde) y su posterior proceso de burocratización. La "Sociología" y "Moral social" de Hostos bien que podrían compararse con la obra de Max Weber, "Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der verstehenden Soziologie", J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1972.

El camino que el mismo recorrerá, entre la muerte de Heureaux en 1899 y la ascensión de Rafael Leonidas Trujillo en 1930; estará atravesado por guerras civiles, por una ocupación militar norteamericana de ocho años y seis subsiguientes donde el Estado todavía no podía ordenarse y el viejo caudillismo no cedía el paso.

En ese primer tercio del siglo XX lucieron las estrellas del firmamento hostosiano, aderezados por una visión antiimperialista proveniente del "arielismo", del uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917).

Los contenidos éticos del hostosianismo, mientras tanto, habrán de sucumbir bajo la férula del trujillato. La crítica desaparecerá. El "yo" como instancia del sujeto, habrá de delegarse en el "ello" del poder despótico. Los principios de renovación nacional y de modernidad no descansarán, como en Hostos, en la asunción de las fuerzas interiores, en la educación, en la formulación de una nueva responsabilidad social. En vez de la asunción de un paisaje caribeño y latinoamericano, el pensamiento dominante en aquellos 31 años de la "Era" buscará una extrapolación del imaginario primermundista hacia estas tierras, yuxtaponiendo modernización y autoritarismo. Surgirá entonces un intelectual esquizo, con una visión de progreso que dependerá más de una voluntad de poder —y muchas veces hasta de sus trivialidades y ocurrencias— que del reconocimiento de un paisaje nacional.

Este principio de realidad se asumirá a partir de una razón instrumental convergente con los designios del déspota.

Quizás quien mejor exprese el nuevo tipo de intelectual fraguado dentro de este nuevo orden de cosas y los discursos fundadores de la dominicanidad moderna, sea Joaquín Balaguer (1907-2002).

Político, burócrata, organizador, administrador, dirigente, su vida y su obra estuvieron marcadas por ese decir como en puntos suspensivos, pero atenazado siempre por una vocación de poder. Durante aquellos años de dictadura y luego dentro de los procesos de aperturas modernizantes, no hay un verbo de tan sentida impronta en la gramática política del dominicano como el suyo. Podríamos incluso aventurar la hipótesis de que la República Dominicana moderna es un Golem armado a imagen y semejanza de aquel político que sin lugar a dudas debería reconocerse como el del siglo XX.

Contra la ética del yo y la responsabilidad hostosiana, se impuso la del *ello*. Frente a una visión comunitaria y de bien social, estaba

la mirada perversa de quien habría de asumirse dentro de todos los grados de complicidad mientras trataba de apelar a lo divino como su última razón de ser.

En Balaguer no hubo la más mínima conciliación entre razón y responsabilidad social,<sup>17</sup> ni ante sí mismo ni ante la comunidad. Su lógica funcionaba a partir de "mal menor" y su aquiescencia con respecto al dominio del sentido común, el cual, en función de su superioridad numérica, se asumía como lo correcto.

En uno de sus discursos en 1952, plantea, sin sonrojarse: "Desde que una cosa, aunque esa cosa se funde en un error, se propaga o se mantiene, es porque encierra por lo menos una verdad incompleta" (1973: 32). A esta tipo de verdad, por consiguiente, también le debería continuar un intelectual asimismo incompleto.

Esta política suya del silencio y siempre a la espera, de la mirada esquiva y del desentendimiento ante todo tipo de crimen, no sólo fueron productos de un régimen represivo como el trujillista. También fueron su obra. La crítica radical que hiciera Hostos sobre el perfil maquiavélico del Príncipe<sup>18</sup>, con seguridad que operaría como una látigo en aquella conciencia, la de Balaguer, la que a pesar de todos los subterfugios nunca perdería la capacidad de decirse a sí mismo las verdades,<sup>19</sup> aunque sólo tuviese el valor de exteriorizarlas al final de su vida, "al borde del sepulcro"<sup>20</sup>.

Sin embargo, ¿cómo fue posible que el balaguerismo vertebrara no sólo la vida política durante y tras la muerte del tirano, sino incluso el arte de hacer política moderna en República Dominicana? ¿Qué *arcanus* permitió semejante capacidad de sobrevivencia, orquestación, gestión, dominio, hasta esculpir un rostro en la política dominicana de cara al siglo XXI?

---

17) "...No se mueve por impulsos del amor ni de la amistad, y mucho menos tiene que ver con la lealtad política, ni con la coherencia ideológica ni con la verdad ni con la moral. Se trata, en esencia, de una maquina fría y amoral cuya energía motriz nace, fluye y ha de morir en las escalinatas del Palacio Nacional. Desconocer, minimizar o querer ignorar los resultados de esta analogía, es equivalente a no conocer a Joaquín Balaguer" (Victoria A. 1995:62)

18) Gutiérrez Laboy 1992: 41.

19) "Con Trujillo había surgido en la vida nacional no solamente un tártaro dominado por la idea de un poder omnímodo, sino también una especie de Narciso entregado a todos los excesos de la megalomanía y del amor a sí mismo" (Balaguer 1988: 75).

20) 1988: 11.

Una de las claves podría ser su capacidad de instrumentalizar discursos y de posicionarlos según la coyuntura, situando al sujeto desde un sentido de no-existencia, de recipiente.

A pesar de los ditirambos que en determinados momentos le haya merecido la figura de Hostos, el hecho es que el balaguerismo enfrentó tempranamente los fundamentos de aquellas enseñanzas<sup>21</sup>. Tal vez no haya sido motivado por una convicción íntima, sino más bien llevado por una cuestión de estrategia –y oportunismo político, de paso-. Quizás tuvo que diferenciarse de sus maestros, a su vez, alumnos del Maestro. Quién sabe si en el fondo podía distanciarse de todo el conjunto de valores procreados por la tiranía, como luego plantearía<sup>22</sup>, planteándose en su interior dos personalidades paralelas. Pero la mayoría de estos supuestos a vez sólo nos lleven a un camino de la *speculatio ad infinitum*.

Sobre la calidad de sus creencias podríamos discutir largamente. El hecho es que el entonces Secretario de Educación (1949-1953, 1955-1956) se implicó en todo un programa para eliminar las últimas huellas hostosianas en la organización educativa. Dentro de la discusión iniciada por Manuel A. Peña Batlle (1902-1954), otro de los ideólogos esenciales del régimen, y recopilada bajo el título de “Encuesta sobre la influencia de Hostos en la cultura dominicana” (1956)<sup>23</sup>, el filósofo André Avelino sintetizaría este momento clave en la redefinición del proyecto ideológico de la tiranía:

- 
- 21) Al final de su excelente trabajo titulado “Hostos y la conciencia moderna en República Dominicana” (1999: 104), Raymundo González, lamentablemente, sólo destaca esta visión luminosa de Balaguer respecto al Maestro, sin subrayar su responsabilidad, no sólo del desmontaje de la influencia hostosiana dentro de la escuela, sino su cruzada contra sus elementos éticos.
  - 22) En un mensaje radiado desde su exilio newyorkino, el 14 de marzo de 1965, a casi cuatro años de aquellos disparos que concluyeron con aquel orden de cosas, Balaguer declara que la “La Era de Trujillo dejó al país un imponente acervo material constituido por carreteras, puentes, canales, ferias, palacios, puertos y edificios; pero moralmente sólo dejó un montón de ruinas” (Balaguer 1973: 157). Semejante mea culpa será la norma en sus “Memorias de un cortesano de la ‘Era de Trujillo’” (1988).
  - 23) Esta “Encuesta...” ha sido considerada, a la vez, como “la gran derrota cultural e ideológica del trujillismo” y como muestra del “desgarramiento del intelectual, en la separación que imponía la violencia trujillista, entre la vida y la palabra” (Mateo 1993: 156). Creo que es muy osado hablar aquí de “derrota”. Pienso que el trujillato se confirmó, porque mostró la manera en que el intelecto crítico ya se había integrado al coro de los incondicionales al régimen.

"Trujillo ha vencido a Hostos en lo más fundamental: la creación del Concordato que conlleva la vuelta de la religión a la escuela dominicana. Hoy el Estadista está empeñado en vencer al arrollador positivismo y materialismo comunista que nos asedia desde los cuatro puntos cardinales. A pesar de los esfuerzos del gran líder dominicano por traer de nuevo el humanismo a la escuela dominicana, y de haber logrado con el plan de estudios del Dr. Joaquín Balaguer un gran avance en este sentido, la influencia de Hostos y del positivismo reinante en Santo Domingo, que es siempre una influencia solapada, no ha permitido obtener un humanismo integral" (:37).

Aunque no participara directamente en esta "Encuesta", la de Hostos fue una de las herencias que Balaguer más combatiría en sus discursos a partir de su nombramiento al frente de Educación, y aún mucho antes, desde los días iniciales de la Era.

Precisemos el contexto en el que se produce esta revuelta anti-hostosiana.

La reafirmación del trujillato operaba bajo el principio de reafirmación de fronteras geográficas, de memorias históricas y culturales. En una palabra: la invención de una dominicanidad a su sombra y semejante.

Aparte del programa de "dominicanización de fronteras", el cual había tenido su tope con la matanza —o "corte"— de haitianos en 1937, dentro del reordenamiento mundial después de 1945, estaban los efectos de la Guerra Fría, la lucha contra el comunismo. A la tiranía le importaba semejante lucha no sólo por pertenecer lógicamente al bloque articulado con los Estados Unidos, sino también por papel que los comunistas jugaban dentro de la oposición externa, tal vez la más aguerrida de todas, además, por sus conexiones con el movimiento obrero interno.

El reforzamiento del catolicismo dentro de lo institucional e ideológico se convirtió en una razón de Estado. El catolicismo como esencia de lo dominicano<sup>24</sup> reafirmaría nuestra pertenencia a lo blanco y a lo hispánico. Operaría tanto como valladar contra lo

24) En el discurso pronunciado en la ceremonia de graduación de las primeras alumnas del Colegio Santo Domingo, Balaguer resaltaría el deber de "... no olvidar que la religión es uno de los fundamentos de nuestro país y de nuestra raza" (1973: 74).

haitiano –reducido a lo negro y lo salvaje- como un sustento frente al comunismo. Por otra parte, se debía enfrentar la herencia que dejaban dentro de los obreros las recientes luchas realizadas en los años cuarenta. El mismo contenía importantes elementos socialistas dentro de sus vanguardias, a la vez que formaba un considerable frente en el exilio. Frente a estos puntos del pasado inmediato se presentaban otros vinculados con las imágenes futurísticas de desarrollo, en los que el sentido de predestinación de lo nacional funcionaría como una tabla de salvación y de avance.

En el centro de estas ecuaciones se produjo un cambio esencial dentro del aparato burocrático. El diplomático Balaguer se convirtió en el Secretario de Educación (1949). El antiguo lingüista, abogado, crítico literario y redactor de discursos, enfrentó los retos de la organización pedagógica estatal. Uno de sus objetivos sería el modernizar la estructura de la secretaría a su cargo, efectivizándola al calor de los dictados del trujillismo.

Dentro de este programa la redefinición de las relaciones con la Iglesia ocuparía uno de los lugares más significativos. La Iglesia Católica y el Estado serán los garantes “para el mantenimiento y la preservación de la nacionalidad dominicana” (Balaguer 1955: 138). La manera de conciliar una mayor complicidad con la institución eclesiástica sería la firma de un Concordato, que finalmente se lograría el 16 de junio de 1954.)<sup>25</sup>

Para la óptica balaguerista, el peso de la figura y el legado de Hostos se convirtió en uno de las herencias a disminuir. De nuevo estamos frente a una estrategia discursiva que él acabaría instituyendo.

La gnoseología balaguerista, la manera en que advierte, trata y transforma los contenidos, se habría de situar en escena. Con respecto a Hostos, funcionaba el mismo esquema.

---

25) “El acuerdo, entre otras cosas, comprometía al estado dominicano a: garantizar la enseñanza católica en las escuelas públicas, orfanatos y centros correccionales estatales, así como a facilitarla en hospitales, asilos, cárceles y otros establecimientos oficiales; reconocer el derecho de la iglesia a operar establecimientos educativos y ayudar a los gastos de operación de los mismos; reconocer los bienes inmuebles y otras propiedades de la institución” (Euclides Gutiérrez Felix, “Los pueblos y su historia”, 9 de enero de 1994, citado por Rodríguez de León 1996: 190-191).

Como señalamos, primero Balaguer se salva al resaltar su aspecto fundacional y estilizarlo hasta convertirlo en una figura ciclópea<sup>26</sup>. Luego, se le cuestiona mediante el desvirtuamiento. Dice que no fue tanto el “revolucionario elocuente, dotado por la naturaleza con el don de la palabra niveladora, suficiente por sí sola para desquiciar el orden social antiguo...” (1973: 12). Es decir, quiere imponerle a Hostos un sentido de política y de político de aquel tiempo trujillista, donde el tribuno y la propaganda, lo que Mateo llama la jerga<sup>27</sup>, se imponía como figura monológica frente al sentido dialogizante y pluralista hostosiano. Al realizar esta invalidación, de paso trata de subrayar la inactualidad del tipo de intelectual hostosiano hasta el trujillismo dominante en la palestra pública, de quien sólo señala el que hayan “ocupado posiciones de relieve en la historia nacional” (: 13). En realidad está transfiriendo valores propios –su adhesión a la figura del político estatal- a un decir, el hostosiano, que en el fondo nunca se planteó transformaciones políticas a niveles estatales, cual si fuese un nuevo partido u opción política. Aquí opera una desvalorización no por un en-sí de Hostos, sino por un falseamiento de su retrato. Finalmente, declara la superación de esta escuela, en razón de “la evolución del país hacia un nuevo concepto de la vida civilizada, menos romántico y más positivista”, que se fundamentaría “en el olvido de los principios tradicionales y en la reafirmación del destino de nuestra nacionalidad en su aspecto económico y en su estructura financiera” (: 13).

A los valores hostosianos de voluntad y responsabilidad, Balaguer le sobrepone los del destino.

La apuesta balaguerista es la de “un nuevo tipo de escuela, menos propicia a las actividades del pensamiento especulativo pero más apta, en cambio, para tomar en esa obra de promoción económica una participación más activa” (: 13). Y al redondear estos conceptos, plantea que la “educación obedece hoy, ante todo, a un ideal de engrandecimiento económico y que por grande que sea nuestro renacimiento intelectual, siempre habrá que considerarlo inferior a nuestro progreso agrícola y a nuestro desenvolvimiento

---

26) “Eugenio María de Hostos merece sin duda la veneración unánime que en nuestro país se le profesa como abanderado de una nueva pedagogía y como creador de nuevos sistemas en nuestra evolución educativa” (1973: 12).

27) Ob. Cit., 1993: 16.

financiero" (: 14). Por lo visto, hasta el final se debían escamotear los legados hostosianos, resaltando sólo al mismo dentro de una revolución de la manera del pensar, como si el Maestro, por ejemplo, nunca hubiese insistido en la creación de escuelas agrícolas. Se entenderá que luego de semejante operación, la anulación será el próximo paso.

Superar al Maestro, según esta óptica beligerante, era vencerlo. En este sentido Balaguer se sitúa en un más allá del hostosianismo, como si su oferta fuese superior.<sup>28</sup>

Mucho antes de que se produjera este marco de desmontaje final del legado hostosiano dentro de la educación, al mediar los años cincuenta, Balaguer ya había situado sus líneas de pensamiento. El título de "Crisis de las profesiones liberales" encabezaría tanto un discurso de Trujillo al inaugurar el Ateneo Dominicano el 23 de enero de 1932<sup>29</sup>, como uno de Balaguer al inaugurar a su vez, veinte años más tarde, la primera Escuela Nacional de Artes y Oficios, el 14 de abril de 1952. Su tesis básica se conjugaría en una exclamación: "¡Qué de birretes y togas sin destino!"

La propuesta educativa implicaba la de un sujeto educando, la de un sujeto deseado, llamado a dominar en función de su

---

28) "Después de más de un siglo de independencia, la escuela nacional, dominada primero por la Iglesia que la apartó de los sistemas preconizados por la pedagogía moderna, y dirigido luego por Hostos hacia un racionalismo que no careció en el fondo de ninguno de los tropiezos propios de todas las innovaciones, encuentra ahora su rumbo definitivo. La Secretaría de Educación está haciendo lo que Hostos no pudo lograr y lo que Salomé Ureña, con visión asombrosa, empezó apenas a cumplir en la capital de la República: dotando a las escuelas de servidores técnicamente capacitados para el ejercicio del magisterio". (Balaguer 1973: 65). Aquí de nuevo no sólo se minimizan los obstáculos que tuvo Hostos en sus años iniciales de magisterio, sino que se ningunea la trascendencia de la labor del Maestro. En este mismo tenor, también escribe: "El primer paso para una gran reforma de nuestra enseñanza, para la reforma que Hostos no entrevió siquiera porque ni la época lo consentía ni estaba preparada para ello la mentalidad del gran pensador, hombre formado para las grandes luchas por el predominio secular de determinadas ideas y no para el choque de intereses o de sistemas que encarnen en realidades inmediatas, lo estamos dando en este instante con la graduación del primer grupo de maestros destinados a nuestras escuelas rurales. Ahora estamos en condiciones de emprender la revolución que necesita más imperiosamente la enseñanza dominicana, la de la escuela rural, base de cualquier sistema educativo bien organizado." (Ib.: 66)

29) Balaguer 1955: 29-33, 1973: 19-28.

identificación con la naturaleza del país y los proyectos desarrollistas del gobierno. Como si fuera una manera de halagar a Trujillo, quien no fue más allá de la educación secundaria, y al mismo tiempo, fundamentar una razón de autoridad omnímoda, se imponía la figura del anti-intelectual. La simple práctica cotidiana debía vencer toda formalidad del conocimiento<sup>30</sup>. Al intelectual debería sustituirlo el artesano.

La cruzada contra “las profesiones liberales”, entiéndase, las universitarias, debería servir no sólo para suplir una necesidad nacional —la del técnico—, sino también para estimular un concepto de frontera segura y de sociedad autosuficiente. “Política nacional antes que personal. ¡El pueblo antes que el hombre!” (1955:32), acaba exclamando Trujillo. El sujeto está subsumido dentro del concepto nación, como si su yo sólo dependiese de la adscripción geográfica. En medio de este panorama debería triunfar la razón instrumental. El papel del Ejército dominicano prefiguraba lo que debía ser el espíritu nacional: la confluencia de la autoridad del “arma que destruye a los enemigos de la paz y garantiza las instituciones, y la que fecunda el suelo trocándolo en apoyo del bien inapreciable de la Ciencia” (Ib.:32).

Tal anti-intelectualismo no sólo vendría a reposicionar la agricultura y la artesanía, respondiendo a las carencias de producción y abastecimiento. También tendría que rebajar el rol del intelectual frente a los destinos nacionales, recayendo en manos del técnico o el administrador la gestión del pensamiento. Tal llamado de atención —“falta”) sentido de comunidad” (Ib.:33), encajaría dentro de un espíritu de reordenación nacional, luego de la experiencia de la ocupación norteamericana y la decadencia del viejo caudillismo. Al mismo tiempo, semejante comunidad debería producirse en función de la imposición de un nuevo saber y hacer, más orientado al orden y a la producción que a la decantación de la razón y el yo del sujeto. “Liberal”, en este sentido balaguerista, podría entenderse además como algo salvaje, un fenómeno a dosificar. Superar la intelectualidad hostosiana, pareció ser una de las consignas del balaguerismo.

---

30) “La experiencia me ha enseñado, mejor que los libros, la ley de la justa proporción” (1955:31).

Los argumentos utilizados en 1932 serán los mismos veinte años después, pero refinados por los efectos de la Segunda Guerra Mundial y la política del "buen vecino" norteamericano.

Ya en 1952, y como si retocara las líneas de aquel discurso leído por Trujillo, radicaliza su posición frente al saber. Plantea que "las puertas de la Universidad, las cuales sólo sólo deberían abrirse, en la presente situación del país, a las personas dotadas de condiciones intelectuales superiores, conducen por lo general al parasitismo o malogran aptitudes que en otros campos de la actividad humana podrían ser quizás mejor aprovechadas" (Balaguer 1973:21). Después de declarar la suficiencia del país en cuando a médicos y abogados —lo que contrastaba con un país carente de atención médica y pedagógica., recomendará como más útil el poseer un diploma de electricista o de mecánico que uno de abogado (Ib.:22). Como colofón de estos razonamientos, subrayará la necesidad de que todo esto se siga conduciendo dentro de "un clima de entusiasmo patriótico y un ideal de engrandecimiento nacional propuesto a todo un pueblo como una empresa de dignificación colectiva" (Ib.:23).

Lo "anti-intelectual" en 1932 servía para acentuar una imagen de progreso alrededor del dominio de la técnica productiva, el nuevo sentido de *comunidad trujillista*, donde el concepto de patria sustituye al de nación, y una figura de modernidad se vuelca alrededor del de voluntad nacional. En 1952, el sentido liberal de estos términos —que enfrentaba sólo un pasado, colonial e imperial, ahora es autoritario, frente a un presente —sea el comunismo o el exilio-, donde esta *comunidad* había sido atenazada por huelgas obreras e intenciones guerrilleras, a la vez que por un consistente frente opositor en el exilio.

Dentro de este contexto en los años cincuenta, la revuelta anti-hostosiana de Balaguer se reafirma. Aquel redactor de discursos ahora tiene la posibilidad de firmarlos con su nombre, y peor aún, de llevarlos a la práctica. La educación debía formar patriotas y no ciudadanos. Todo razonar se realizaría a partir de la conciencia de la sombra de la "nación", entiéndase, del Jefe. La "educación liberal" debía ser vencida por la "práctica". La política no sería cuestión de razón o deber a partir de una conciencia, sino de lealtad a una

figura –la de Trujillo- y adscripción a una sola geografía –la de la República.<sup>31</sup>

Dentro de este proceso de fundamentación ideológica de una práctica de gobernabilidad –la de trujillo-, también se ha dado un proceso de disciplinamiento de los diferentes sujetos sociales. A la definición de las unidades que conforman lo social –la familia, la escuela, la nación, la patria-, le sigue una declaración también taxativa de la persona, el estudiante, el profesional, el técnico, la mujer. Aunque no abiertamente positivista, en la valoración de estos diferentes componentes no sólo hay una pasión clasificatoria, sino también la definición de la sociedad como un *corpus*, un sistema, donde lo definitivo es el principio de continuidad con un desarrollo –mejor sería decir, desde la óptica balaguerista, de una tradición.

En su “*Moral social*” Hostos había trazado los sentidos de la provincia y la provincialidad,<sup>32</sup> como espacios originarios y socializadores. Por extensión, también sitúa la pertinencia de la nación, pero no plantea en ninguna parte lo nacional como un límite, las fronteras geográficas como una fronteira para el alma. Por lo contrario. En su ética el sujeto sólo logra su ser en la medida en que puede trascender los elementos físicos de la territorialidad originaria.

---

31) En su discurso de graduación de los primeros maestros normales rurales, la Escuela Luis Napoleón Núñez Molina –lamentablemente sin fecha, aunque también a mediados de los años-, el ministro confirma este aserto: “Al recibir este título para ingresar al magisterio, contraéis el compromiso de no defraudar al Estado que os ofreció la oportunidad de hacer vuestros estudios sin sacrificios personales. Vuestra primera obligación será la de permanecer dentro de la carrera que habéis espontáneamente elegido, sin posponerla a ninguna otra, y sin dejarla en busa de posiciones mejor remuneradas”. (Balaguer 1973: 69). El Estado aparece como dador, padre, entidad benéfica.

32) “Depende de la provincia, porque el individuo está ligado a la provincia por cuantas relaciones nacen del interés individual, del egoísmo de familia y de la vanidad local. La provincia es el primer escenario de la actividad social del provinciano, y su propio interés le dicta su conducta; la provincia es un Estado en que el derecho de familia entra por mucho, y el egoísmo de estirpe y de procedencia liga al provinciano; la provincia es por sí misma una entidad pareada por la vida y por la ley a otras entidades provinciales dentro del todo nacional, y el provinciano se liga a ella por vanidad y por orgullo, con toda la fuerza de su personalidad: cuanto más provincial, más provinciano. Eso en cuanto a las relaciones por defecto; que en cuanto a las relaciones por conocimiento suficiente de la potencia integral de la provincia en el desarrollo general de la sociedad, no hay móvil honesto, desinteresado y puro que no sea un lazo de unión entre el provinciano y su provincia” (1982:158).

Patria es también una elección. Para él la idea de Puerto Rico fue tan importancia como la de Confederación Antillana, aunque claramente entendía que lo último no era posible sin lo primero.

Después de demostrar la pretendida inviabilidad de los postulados pedagógicos hostosianos, de plantearlos, superados al calor del nuevo orden de cosas trujillista, Balaguer accede, por deducción, una empresa de alcances más sutiles. No solamente desmonta, sino que retoma viejos valores vencidos de la colonialidad y los redime mediante una supuesta necesidad de compactar los mitos sobre los que se fundan la nacionalidad dominicana.

Veámoslo más detenidamente a partir del siguiente párrafo, parte del discurso pronunciado durante la ceremonia de graduación de las primeras alumnas del colegio Santo Domingo, también en aquellos años de su gestión como ministro de Educación, a mediados de los cincuenta:

"Cuando se estudian los fundamentos de nuestra nacionalidad y su significación en la historia de América; el modo cómo el hogar, la religión y el patriotismo han entrado en las bases de nuestra organización social; la manera de entender y practicar nuestras propias tradiciones;... la admirable cohesión de nuestros elementos étnicos que aquí se unifican y se asocian a la más justa y cabal expresión de solidaridad humana; cuando se estudia todo ese conjunto de fenómenos que hacen de nuestro país el grupo social mejor definido del continente, es preciso buscar a la mujer como factor esencial de ese proceso de integración colectiva, para concluir que la virtud femenina representa en nuestra historia, como elemento de ponderación y equilibrio, lo que el gran diamante de una fábula persa, que fue echado en el platillo de una balanza para contrarrestar victoriosamente el peso de un escudo de guerra" (Balaguer 1973: 74).

No sólo falsea una historia y una realidad al plantear cierta pureza étnica dentro del país dominicano, y un pasado que en verdad fue todo menos lo que él describe, sino también que está reduciendo lo femenino a una supuesta virtud, entiéndase, pasividad. Todo encaja dentro de una imagen pastoral de lo nacional, eso que hemos denominado como *comunidad trujillista*, donde el tirano opera como la figura del gran Pastor. Dentro de este cuadro la Iglesia debería retomar su viejo rol, convirtiéndose Dios, por extensión, en garante de las esencias nacionales, en una suerte de visión

teocrática. Frente al pensamiento secularizador de Hostos y su visión crítica con respecto al patriarcalismo y su institucionalización en la vida colonial, la respuesta de Balaguer es reenviar a las educandas al seno de la Iglesia, marco único de salud moral.

“El establecimiento de grandes colegios regidos por instituciones católicas, dará lugar a que la educación de la mujer dominicana mejore notablemente y a que la familia nacional no pierda, bajo el influjo de la anticristiana ola de vulgaridad que está invadiendo a América, sus rasgos tradiciones” (Balaguer 1973: 75).

Cuando el entonces ministro de Educación acceda a la presidencia de la República en 1966, descabezada la tiranía pero latente su espíritu, aquellas teorías se convertirán en vértebra de su filosofía gubernamental.

Es comprensible entonces que las viejas proposiciones de Hostos frente al “estado unitario”<sup>33</sup> y a la superación de la moral colonial del sujeto deberían anularse, según la óptica dominante del balaguer-trujillismo.

La cruzada antihostosiana no concluiría con los últimos días de la Era de Trujillo en 1961. Los años posteriores de régimen balaguerista (1966-1978, 1986-1996), se irían labrando gracias a estos golpes contra una moral de responsabilidad y aún de justicia social. Curiosamente y por suerte que otro dominicano, también político e incluso presidente de la República (1963), pudo mantener tensas estas cuerdas de las enseñanzas del viejo Maestro. Fue Juan Bosch (1909-2001) no sólo el autor de “Hostos, el sembrador” (1939) y el editor de sus “Obras completas”, sino también el último gran representante de estas líneas éticas del viejo Maestro en un país donde todavía no se salda esa inmensa deuda que todavía se tiene con su enseñanza y su amor al concepto del ser humano.

Al menos gracias a esta obra podemos comprobar que no todas las buenas semillas de la conciencia y el yo se marchitaron en

---

33) “El Estado unitario es corruptor de nacimiento. Todo Estado unitario en cualquier tiempo, espacio y forma de gobierno, es siempre personal: el Estado es el jefe del Estado. Y como absorbe la iniciativa de los organismos provinciales y municipales, sustituye con la ley de su voluntad la autonomía de esas sociedades; de aquí la desorganización, y de ésta la corrupción. Dispone de la fuerza pública, y con ella corrompe por miedo o por soborno. Dispone de todos los empleos, y con ellos corrompe por soborno o por miedo” (Hostos 1 : ]

este suelo. El programa hostosiano todavía será parte de esa lucha por implantar las banderas del bien social.

## “CIUDAD TRUJILLO” O NUEVA CIUDADANÍA

La mayoría de los estudios relativos al trujillato han destacado, con toda razón, su carácter y racista<sup>34</sup> y mesiánico.<sup>35</sup> Sin embargo, la ideología imperante y los mitemas que le acompañaron han sido vistos por lo general a partir de la idea de personas y bloques que se encuentran, en este caso, Trujillo, sus personeros e intelectuales.

Hay dos temas que todavía flotan en el ambiente y a los cuales no se les ha brindado la merecida atención. Primero, el grado en que la asunción de lo “dominicano” —el concepto de patria— existía como un acuerdo y un principio comunitario al interior de la sociedad, pero no como un tema vinculante. La imagen de la nación se agotaba entonces en los de la región. Segundo, estaba la manera en que la ideología dominante era síntesis de cierto sentido común y el levantamiento de tesis que a pesar de lo moderno de su vocabulario no lograba trascender esas conceptualizaciones de la cotidianidad. Es decir, mientras por una parte habían desaparecido los mitemas nacionalistas —la nacionalidad se había recuperado luego de la Ocupación militar norteamericana—, por otra parte se producía la necesidad de vincular, de consolidar un concepto útil de nación en función del régimen trujillista.

---

34) “El racismo fue también uno de los componentes de la ideología trujillista, y es precisamente durante el Trujillato que alcanza su más amplia difusión, insistiéndose en la herencia ‘hispana’ y rechazando o al menos despreciando las innegables y ricas influencias africanas todavía visibles en la cultura dominicana” (Mercedes Acosta, “El contenido económico y político del racismo antihaitiano”, en Acosta et al: “Imperialismo y clases sociales en el Caribe”, Cuenca Ediciones, Buenos Aires, 1973, p.148.

35) “El Mesianismo fija un punto de encuentro obligado de toda la argumentación trujillista de legitimación del poder: la negación del pasado. Mitológicamente, el trujillismo es una edad que reposa plenamente en sí misma. El arribo de Trujillo no sólo es providencial porque se instala en la tranquila certidumbre de que es la última oportunidad de la historia, ni siquiera por sus realizaciones materiales, sino por la evidencia de lo fraguado en el fuego divino, en la distancia de lo sagrado” (Mateo 1993: 136-137).

Para comenzar a buscar respuestas a ambas cuestiones tendríamos que comenzar partiendo de las siguientes consideraciones.

Lo "dominicano" no es una realidad *per se*, sino una construcción histórica, que con el trujillato se definió y se impuso a partir de un esquema propio de dominación.

La ideología no es sólo un cuerpo determinado de ideas que expresan los intereses de clases determinadas. En el caso de Trujillo, hubo un aparato ideológico que se fue moviendo según las circunstancias, en cuyo fundamento inquebrantable sólo estaba la adhesión a la persona del tirano y sus intereses cercanos.

Más que ideología propia o nuevas aventuras del pensamiento, en el trujillato se asumieron los elementos más autoritarios de la sociedad dominicana. Éste será el momento en que tenía que fracturarse la tradición hostosiana dentro de la intelligentsia dominicana, con sus postulados de deber, conciencia y razón. No sólo se romperá con un desarrollo democratizante dentro de la cultura política. Lo peor que habrá de acontecer posteriormente será la supeditación de todo saber y la puesta en escena de un discurso únicamente orientado a los decires unipersonales del tirano.

No sólo hubo crisis del conocimiento, sino también del sujeto, de su autopercepción. Pero crisis no sólo es agotamiento o fractura. También es momento genésico de un nuevo contenido. El decir tiránico no sólo fundaba un saber, sino también una ética, una corporalidad, un gesto, un decir, una forma de expresarse, la necesidad de auxiliarse de todo un andamiaje intelectual que legitimara sus acciones<sup>36</sup>. Había una producción de verdad tiránica, para decirlo en términos foucaultianos. La realidad dejó de ser lo real, lo que acontecía fuera del sujeto, para pasar a convertirse en una construcción, una invención. Para instituirse como una realidad, la Era debía establecer su cuerpo a partir de todas las corporalidades autoritarias ínsitas en la cultura nacional.

36) Cuando en sus "Memorias" Balaguer se refiere al culto trujilloneano de Pedro Santana (1801-1864), caudillo de la Independencia, relata que "La mayoría de los historiadores nacionales se hicieron cómplices de ese magnicidio histórico, que se encubrió bajo el velo de un retorno a nuestro origen hispánico y de una condenación de la política haitiana de adueñarse, por la vía de la invasión pacífica, de una gran parte de nuestro territorio" (Balaguer 1988: 79).

Dentro de estos levantamientos de los paradigmas dictatoriales, no tuvo que apelarse a una gran empresa de carácter intelectual. Hay una aureola que ha rodeado a los intelectuales bajo el trujillato, que casi los presenta como salidos de algún jardín de Epicuro o de la academia francesa. Salvo los destellos de librepensamiento que se dieron al principio de su gestión en los años 30, y al refrescamiento creativo que representó la Revista *La Poesía Sorprendida* (1943-1947), la intelectualidad bajo Trujillo no se caracterizó por grandes aventuras del conocimiento. Hubo algunas excepciones en el campo del saber, como la del filósofo Andrés Avelino (1899-1974), quien dejaría como legado una serie de obras relativas a la filosofía del conocimiento.

El pulso que se echó entre la intelligtensia formal y los testaferreros simples del orden trujilloneano, habría de ser ganada por los primeros. La manera en que se discutió el tema del cambio de nombre de Santo Domingo a Ciudad Trujillo nos puede brindar algunos puntos de partida para apreciar cómo sucumbieron los principios racionales de la intelectualidad, y cómo el servilismo burocrático venció a la prestancia del intelectual.

Aunque la generalidad de los autores que se han referido al tema señalan el que la iniciativa del cambio de nombre se originó en la secuela que dejó el ciclón de San Zenón en septiembre de 1930<sup>37</sup>, la verdad fue otra. El gestor de la iniciativa, Mario Fermín Cabral (1877-1961), a la sazón presidente del Senado y senador por Santiago, con esta acción le daba continuidad a una vieja práctica de ensalzamiento presidencial. Ya en fecha tan temprana como en 1910, había propuesto la erección de un Arco de Triunfo al presidente Ramón Cáceres<sup>38</sup>. Años después, bajo el gobierno de Horacio Vásquez (1924-1930), llegó a organizar la Exposición Nacional (1926). Al ascender Trujillo, parecía que había llegado su hora cumbre.

Vemos cómo Trujillo se apoya en una tradición, siendo él a la vez el producto o el cauce final de un desarrollo muy anterior a su

---

37) Cassá 1982: 29, Mateo 1993: 110.

38) *El Tiempo*, 28 de abril 1910.

presencia física. La propuesta de Cabral, por lo demás, da cuenta del marco ideológico y simbólico de su tiempo.<sup>39</sup>

Por lo menos en esta propuesta inicial las devastaciones del ciclón no operaron como una razón primera, aunque sí como un importante telón de fondo, un jalón histórico del cual el mitema trujillista deduciría como una resultante. Puede percibirse en este

---

39) Debido a su valor aquí se reproduce, tal como la publicara el Listín Diario el 22 de julio de 1935:

Santo Domingo, R.D.,  
20 de Julio de 1935

Señor Generalísimo Dr.  
Rafael L. Trujillo Molina,  
Presidente de la República,  
Benefactor de la Patria y  
Jefe del Partido Dominicano.  
Honorable Jefe y amigo:

He recibido y leído con profundo interés la importante carta que Ud. me dirigiera ayer, en la cual manifiesta la voluntad de que no se altere el nombre de la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, tal como propuse en reciente discurso, como el mejor homenaje que podía brindarle su pueblo.

Consciente de la hora de febril renovación que vive el país y consciente de que interpretaba los sentimientos de la universalidad de mis conciudadanos, expresé y puse en manos del pueblo el proyecto del magno homenaje, convencido de que éste, tal como lo demostraron los millares de telegramas y cartas recibidas por el Congreso, haría suya la iniciativa y en triunfal apoteosis rendiría a Ud. otra prueba de su amor y añadiría nuevo laurel a la ciudad de Santo Domingo de Guzmán.

El pueblo dominicano, mi querido Presidente y amigo, desea verlo a Ud. en todas partes y a todas horas en la más alta cima del poder civil, aureolado y magnificado como el apóstol auténtico de este grandioso resurgimiento de la Patria. De ahí el imponente movimiento con que la opinión pública, acrecentándose cada día más, ha querido dar su nombre a la ciudad secular, haciendo de ella el más firme pedestal de su grandeza.

El pueblo que lo idolatra, y con él los que nos consideramos sus amigos insospechables, no podemos sino admirar ese noble desinterés con que Ud. lucha por el engrandecimiento de la República.

Respetuosamente acatamos su determinación; pero nada podrá impedir que las falanges trujillistas del presente y las generaciones venideras digan, y lo consigne la historia en sus más brillantes páginas, que esta insigne e hidalga ciudad de Santo Domingo es obra suya en lo mejor que tenga, la más grandiosa de sus preseas de gobernante y el más empinado de los monumentos a su obra colosal.

Sinceramente de Ud.,

Mario Fermín Cabral

texto que, en vez de país o de ciudad, se habla de *patria*, con lo que el aspecto de vinculación afectiva del gobernante con sus gobernados se estrecha. En vez de restañar heridas, de restaurar cuerpos, se sugiere la necesidad de instalar en ellos la imagen del Jefe, para “verlo a Ud. en todas partes y a todas horas en la más alta cima del poder civil”. Principio de claridad y de altura, de perspectiva a vuelo de pájaro o desde lo más bajo, la cartografía que se está diseñando sobre el entorno urbano es un ensayo de lo que será la corporización de lo nacional en función del cuerpo y las sombras del tirano. ¿Es la mirada de Trujillo como asunción de un principio divino de omnipresencia?

Antes de que se formularan los principios místicos y cuasi hagiográficos de Trujillo, ya el verbo servil de Cabral estaba remachando estos supuestos perfiles aureáticos del Jefe.

Paradójicamente en esa misma edición del Listín Diario, y como si operase cual reverso de la propuestas anteriores, aparecía un artículo titulado “En sensacional artículo habla sobre el alto gesto del Presidente Trujillo el Licdo. Peña Batlle”. Brillante abogado y especialista en cuestiones fronterizas, Manuel Arturo Peña Batlle ha sido considerado como uno de los fundadores ideológicos del régimen trujillista<sup>40</sup>. En su vida y en su obra, sin embargo, se expresa esa trágica metamorfosis de pensador liberal a sustentador de un régimen tiránico.

Al felicitar a Trujillo por no haber aceptado el cambio de nombre de la ciudad, esboza, sin proponérselo, todo un programa de lo que debería ser el nuevo contenido de la política moderna dominicana:

1. Con una “actitud ética de profundo sentido de orientación”;
2. Con un principio de construcción y no de simple readecuación de los signos;
3. Con el concepto que descansa en el sólo creer “en la virtualidad de sus propias acciones”;<sup>41</sup>

---

40) Michel Baud, “Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer y la identidad nacional dominicana”, pp.53-179, en Gonzalez et al 1999. También ver Diógenes Céspedes, “Manuel A. Peña Batlle (1902-1954), biografía”, Cuadernos de Poética, Año VIII, núm. 23, mayo-agosto de 1994, pp. 26-37.

41) Peña Batlle 1991 t.II: 253

Peña Batlle quería proyectar en esta actitud primeriza del Jefe algún aliento hostosiano. Quería, utilizando una expresión del historiador inglés Eric Hobsbawn, "imponerle una tradición", pero la misma reveló su falsa aplicación con respecto a las intenciones íntimas y últimas del trujillato. Con este artículo de defensa del antiguo nombre de la ciudad, no sólo quemaba todas sus naves de liberalismo. También estaba agotando las últimas reservas de dignidad de aquella generación de nacionalistas y utopistas hostosianos. El camino que quedará será el de la anulación interna, que el mismo Peña Batlle asumirá en los próximos seis años de su vida,<sup>42</sup> y que otros harán para el resto de su vida, como Américo Lugo (1870-1952). Los otros caminos serán de la integración plena, el exilio o la muerte. La ulterior decisión del abogado e historiador será el de la traición a sí mismo, su integración lisa y llana dentro del aparato del régimen, la abjuración de su vieja práctica crítica, la combinación alternativa del estudio más severo con la propaganda más destemplada.

El 11 de enero de 1936 la ley número 1067 del Congreso asumiría las propuestas del senador Cabral. El cuatricentenario nombre de Santo Domingo se transformaba en Ciudad Trujillo. Lo que podía ser parte de algún fresco del realismo maravilloso caribeño, quedaba estatuido por ley. Nunca semejante acción había sido realizada en tierras americanas. Nunca el ego personal había arribado a semejantes costas. A este absurdo tuvo que acomodarse el sentido común. Y no sólo ello: se vio obligado a buscarle una lógica, a situarlo como una necesidad nacional. Aquí se produce la fractura de la intelligentsia liberal con respecto a lo que Trujillo le trazaba: la readequación de los discursos a los designios de su voluntad.

En 1944 Joaquín Balaguer documentará este proceso de reconversión en su obra "Guía emocional de la ciudad romántica". Lo hará con toda la pasión de su verbo y su conocimiento, agregando hechos, buscándole una sustentación que él mismo sabía en aquél momento eran falsos, como luego habría de confesar en sus *Memorias*.<sup>43</sup>

42) Comenzarán entonces, como bien titula Bernardo Vega, "los seis años de silencio total y la posterior claudicación de Peña Batlle (1936-1941)". (Ibid., p. 254).

43) Al comentar la figura de Mario Fermín Cabral, Balaguer escribe que "se adelantó a todos los áulicos de la época, en la iniciativa destinada a cambiar el nombre de la capital de la República por el de Ciudad Trujillo. La idea fue recibida primeramente con estupor. Nadie concebía que un nombre histórico,

Desde la primera página del capítulo titulado "*Historia del cambio de nombre de la antigua ciudad de Santo Domingo por el de Ciudad Trujillo*" (1944: 123) la argumentación está llena de falsedades: ni la propuesta de Cabral fue aceptada por unanimidad por la opinión pública, ni la misma se hacía a partir de los principios de supuesta reconstrucción nacional que había dejado como su marca el ciclón de San Zenón, como hemos visto.<sup>44</sup> Tampoco era verdad que el tirano se había lanzado a la calle "a rescatar vidas y a socorrer al pueblo desamparado".<sup>45</sup> Además, la acción que Trujillo realizaría en junio

---

varias veces secular, ligado íntimamente al descubrimiento y a la colonización de América, pudiera ser sustituido por el de uno de los gobernantes de turno. El autor de estas páginas, se permitió insinuar tímidamente entonces, que la ciudad de Santiago fuera la escogida para recibir el galardón con que se quería honrar a la Capital dominicana. Pero la iniciativa prosperó con increíble rapidez entre la polilla palaciega de entonces, y el sacrilegio histórico se consumó ante el asombro de todo el Continente" (1988:245).

- 44) Juan I. Jimenes Grullón relaciona esta capacidad de falseamiento en el discurso balaguerista con una actitud esquizoide (1999: 161-177).
- 45) Parece que el ciclón generó al principio el primer gran desasosiego del trujillato. "On September 3, 1930, eighteen days after Trujillo had taken office, the most devastating hurricane in the history of the West Indies struck Santo Domingo City.... Although Trujillo seems to have panicked in the first days of the aftermath, asking the United States to send a Marine detachment to maintain order, and even calling on poverty-stricken Haiti for help, he soon attacked the disaster with characteristic energy and turned it to his own benefit. Generous aid from the Red Cross and other foreign agencies could be spent without accounting. Other millions were raised on public credit. Those with property were ordered to rebuild at once. Those without became the dictator's debtors. All constitutional guarantees were suspended for the duration of the emergency. La 42 made gas-drenched bonfires of the victims—and of how many others no one will ever know" [Rodman 1964: 135-136]. [El 3 de septiembre de 1930, dieciocho días después de Trujillo haber tomado posesión, la ciudad de Santo Domingo se veía seriamente afectada por el más importante huracán en la historia de las Indias Occidentales... Aunque parecía que Trujillo había tenido pánico de las consecuencias en los primeros días, solicitándole a la Marina de los Estados Unidos por el envío de fuerzas que mantuviesen el orden, así también como a un Haití golpeado por la pobreza, él después enfrentaría el desastre con su característica energía y convertiría lo mismo a su beneficio. La Cruz Roja brindaría una generosa asistencia, al igual que otras agencias extranjeras ofrecerían donaciones sin obligaciones. Otros millones se obtuvieron en forma de crédito público. Aquellos que tenían propiedad fueron conminados a reconstruirlas. Aquellos que no tenían se convirtieron en deudores del dictador. Fueron suspendidas todas las garantías constitucionales durante el tiempo de emergencia. La 42 se convirtió en una hoguera de gas empapada de las víctimas y de muchos otros que no habremos de conocer].

de 1939, de reiterarle al senado los conceptos de la vieja carta en que rechazaba semejante "distinción", previo su viaje por América y Europa, se presentaba como muestra de consideración hacia la memoria histórica del dominicano.

Finalmente, hay un razonamiento de Balaguer que se irá vertebrando como espina dorsal del trujillato, la idea de que él iba más allá de la historia dominicana al ser la lógica consecuencia de su desarrollo y el punto final de su evolución espiritual:

"Respetable, sin duda, el deseo de Bartolomé Colón de honrarla memoria de su padre dando el nombre de su oscuro progenitor a la ciudad por él fundada. Pero igualmente respetable es, sin duda, el deseo del pueblo dominicano de honrar al más grande de sus gobernantes y al primero de sus próceres civiles dando su nombre a la urbe cuatro veces centenaria" (1944: 125).

Las intenciones interpretativas están mezcladas con lo más rudimentario de la propaganda. Este texto se convertirá en una de sus más clásicas producciones, mutándose a través del tiempo, yendo desde el momento en que su autor era uno de los principales burócratas del régimen, hasta aquellos en que dirigiría los destinos nacionales desde el solio presidencial (1966-1978, 1986-1996). A partir de su gestión a mediados de los años 60, el mismo, acoplado a los programas desarrollistas y de remodelación de las estructuras capitalistas, luego de la Guerra de Abril de 1965, se convertirá en el referente básico en torno a las intervenciones urbanas que marcarán las más profundas transformaciones en el casco colonial de Santo Domingo.

A partir de 1966 comenzará un intenso programa de renovación urbana que no sólo tocará a Santo Domingo, sino a emplazamientos tan alejados de la autoridad central como el de Samaná. Tras la consigna de "Gobierno que trabaja, país que progresa", se procedió a la reestructuración del sistema vial, con lo que la estructura de sensitivos barrios tradicionales de Santo Domingo, que habían jugado un decisivo rol durante la Guerra de Abril, se vieron transformados de la noche a la mañana. Villa Francisca, San Carlos, Santa Bárbara y parte de Ciudad Nueva, deberían integrarse dentro de un mayor concepto de visibilidad, facilitando el desplazamiento y brindando una imagen de desarrollo,

a partir del paso a un amplio programa de construcción de multifamiliares.<sup>46</sup>

Para aplicar este programa, se procedió a quitarle al Ayuntamiento de la Capital muchas de sus atribuciones en cuanto a la administración urbana. Tómese en cuenta que Santo Domingo no había sido una ciudad especialmente favorable a los designios balagueristas, y justo en aquél último cuatrienio de los años 60, su sindicatura estaba en manos del gran partido de la oposición, el Partido Revolucionario Dominicano.

Se creó entonces la Oficina de Patrimonio Cultural (1967), que desde entonces se encargaría de intervenir en los monumentos coloniales, y no sólo allí, sino también en toda la Ciudad Colonial. Los criterios que se habrían de implementar en cuanto a la conservación de monumentos escapó de aquellos criterios iniciales, que se habían establecido gracias a los trabajos de Erwin Walter Palm (Von Kügelgen 1992: 79-80). A pesar de las grandes inversiones llevadas a cabo en esa zona, y de algunas intenciones de devolverle vida económica, criterios eminentemente balagueristas han marcado su desarrollo: la anulación de las últimas tradiciones -o memorias- que contuvieron, aplicándole un paisaje idealizado de lo que debimos haber sido en el siglo XVI, y su puesta en escena como representación de la magnificencia de "lo dominicano".

De la prosa encomiástica a las glorias del tirano hasta su puesta en ejecución como programa de intervención en lo urbano, la "Guía emocional de la Ciudad Romántica" podría equipararse a "La monarquía",<sup>47</sup> de Santo Tomás de Aquino: es un texto rector hacia

---

46) En su artículo "Apuntes sobre algunas obras realizadas en Santo Domingo entre 1966 y 1994, Rafael Tomás Hernández, al referirse al año 1966, escribe: "Las huellas de la Guerra de Abril de 1965 estaban vivas. Los arrabales que se formaron en las proximidades de los campamentos militares, como el de Matahambre, la proliferación de asentamientos improvisados en los alrededores del Puente Duarte, así como en algunas casas ocupadas por miembros de la familia Trujillo, proporcionaban un reto que fue aceptado decididamente por el Presidente de la República quien inició grandes obras viales que servían a múltiples propósitos de adecuación urbana, que requería una ciudad que había duplicado su área y población en sólo cinco años" (Pérez Montás 1998: 525).

47) Santo Tomás de Aquino, "La monarquía". Estudio preliminar, traducción y notas de Laureano Robles y Ángel Chueca, Editorial Tecnos, Madrid, 1995. El padre y arquitecto Gabriel Guardia demuestra en su discurso de ingreso a la

la configuración de la ciudad como trasunto de un poder, de una autoridad, de un orden político. En el caso del Aquinate, el mismo correspondería a la autoridad divina. En el de Balaguer, primero estaría supeditado a los intereses trujillistas, y luego, a la creencia en una predestinación y un destino suyo y del pueblo dominicano. Aquí vemos cómo puede un discurso, inicialmente poetizante, convertirse en líneas de toda una ejecutoria urbana.

Más adelante trataremos el tema de la memoria histórica. Veremos cómo la misma opera en tanto referente del imaginario y en cuáles grados se conduce hasta su materialización en el espacio. Pero antes, y para que nuestro camino sea más expedito, detengámonos en algunos textos y momentos esenciales para la comprensión de esa energía ideológica, la que pronto revelaría todo su poder, su capacidad de convertirse en verbo rector dentro de la gramática política de la modernidad *a la dominicana*. Se trata de la “Cartilla cívica para el pueblo dominicano” (1932), un texto fundador, y tangencialmente, “Dios y Trujillo” (1954), el primero con una franca inspiración balaguerista, y el segundo, salido expresamente de la mano de aquella especie de Emperador Adriano que tuvimos, y que aún permanece casi como el primer día, en estos días primerizos del siglo XXI dominicano.

## **CLARIDAD Y ESPACIO LISO: LA NUEVA TEXTURA DE LA DOMINICANIDAD**

Nuestra historiografía ha destacado cierto período de “gracia” en los primeros años de la Era. Para ese primer decenio –lo años 30, parecía que buena parte de los intelectuales se había encontrado en su derrotero con aquel que finalmente redimiría al país del caos social.

---

Academia Chilena de la Historia. “*Santo Tomás de Aquino y las fuentes del urbanismo indiano*” (Boletín de la A.Ch.H. 72, Santiago, 1965, pp. 5-50), la manera en que aquel texto del siglo XIII se convertiría en programa regulador del desarrollo urbanístico colonial en el XVI. He aplicado estas líneas de pensamiento en mi trabajo doctoral, presentado en el Instituto de América Latina de la Universidad Libre de Berlín, titulado: “*Iglesia, espacio y poder. Santo Domingo (1498-1521), experiencia fundacional en el Nuevo Mundo*” (2000).

Ciertamente Trujillo relanzó el nacionalismo, retomó las líneas de desarrollo infraestructural que desde finales de la Ocupación había comenzado, ofreció cierta estabilidad en el orden político. Pero, tras aquellos convenios que nos fueron sacando de esa estrecha dependencia con los Estados Unidos, saldando viejas deudas y propiciando un amplio programa de desarrollo económico, se enmudejaban los bienes y destinos de la nación con los suyos propios. Tras la paz social, se encontraba una temprana puesta en escena de un aparato represivo que cada vez iría refinando sus tentáculos.

Aunque saludada por el verbo servil del poeta Tomás Hernández Franco (1904-1952) como “la revolución más bella de América”, en un libro del mismo título y justo en 1930, pronto la palabra “revolución” no sólo caería en desuso, sino que se volvería un concepto peligroso.

No bien comenzaba aquél período de nuestra historia cuando dos años después de la asunción del gobierno, se publica uno de los textos que mayor impacto alcanzaría durante aquellos años. Fue la “Cartilla cívica para el pueblo dominicano”. Aquí estaban decretado, en formato de mandamientos bíblicos, la estatura que el nuevo dominicano debía alcanzar. Tras el análisis de este documento, podemos comprobar que bajo la Era nunca hubo momento de respiro liberal ni aperturas reales a pensamientos o decires alternativos a los suyos propios.

Como todos los documentos firmados por el Jefe y Benefactor de la Patria, la “Cartilla...” presentaba una factura bien acorde con los principios escriturales y con la simbología balaguerista. Lo relevante no es aquí determinar el autor de la misma sino los grados de eficacia que representó, la manera en que sintetizó un ideal e impuso luego su decir. Sin embargo, debemos subrayar las similitudes entre principios estéticos y propuestas de orden personal, social y espacial, la manera en que el escriba es quien está definiendo un campo donde la fuerza del Jefe se asiente, se corporice. Posiblemente no hubo simbiosis tan efectiva entre Rafael Trujillo y Joaquín Balaguer.

En esta "Cartilla" se estará constituyendo un saber sobre los perfiles de la nueva dominicanidad.<sup>48</sup> Éste no fue producto de la simple inocencia de intelectuales adheridos al proyecto trujillista, sino un texto que sintetizaba el desarrollo de un concepto bastante elaborado sobre lo que debía ser el sujeto nacional.

Nada de renovación moral o propuesta para un posible impulso del ser. Joaquín Balaguer lo expresa en "El pensamiento vivo de Trujillo" (1955), la antología de textos –supuestos- del Benefactor de la Patria, con el que se conmemoraba el veinticinco aniversario de su régimen:

"La más impresionante de las manifestaciones literarias de Trujillo es sin duda su 'Cartilla Cívica'. En esta colección de pensamientos figuran reflexiones dignas de Marco Aurelio. La sencillez del lenguaje, indispensable en obras de esta naturaleza, no excluye aquí la profundidad del concepto ni la fragancia del estilo. Como la columna dórica, imagen de la armonía absoluta, la frase escueta sostiene aquí el peso de la idea como el de una poderosa masa arquitectónica que gravita sobre cimientos naturales. Se trata de uno de esos pequeños grandes libros en que las ideas se exhiben con la blancura de las estatuas, cuya desnudez no despierta un solo sentimiento impuro; con la claridad del agua sin espuma, con la transparencia del horizonte estrellado" (9-10).

Sobre las rugosidades clasicistas de la prosa, se encuentra sintetizado todo el panorama ideológico y estético de las sinuosidades trujillistas.

Claridad es espacio liso, capacidad de deslizamiento, de compactación, de dominio sobre un paisaje. La percepción del ojo allá arriba es conciencia de estar el resto en el aquí abajo. Entre este texto y la estética arquitectónica que reinaría desde los años 40 en la edificación pública, no hay distancias. Lo importante es la dimensión entre el arriba y el abajo. Es la capacidad de cubrir al espectador sin que este pueda establecer una mirada hacia los laterales. La gramática en la que desde entonces se deletreará lo dominicano estará normado por estos verbos bíblicos del trujillismo.

---

48) Aplico este concepto a partir de la definición ofrecida por Michel Foucault, cuando plantea que "hay que restituir, en el interior de una formación social, el proceso mediante el cual se constituye un 'saber', entendiendo éste como el espacio de las cosas a conocer, la suma de los conocimientos efectivos, los instrumentos materiales o teóricos que lo perpetúan" (1990: 27).

Literatura, ensayística, artes, arquitectura, todo estará impregnado por una misma línea de adherencia al rostro omnipresente del Jefe. En un libro clave para comprender las líneas del diseño arquitectónico en este período, "La arquitectura dominicana en la Era de Trujillo" (1949), Henry Gazón Bona<sup>49</sup> planteará el neoclásico como el estilo que más confluye con las apetencias del momento, precisamente por la simpleza en el trazo y por la capacidad de retrotraernos a cierto pasado imperial romano.

Clasicismo imperial, modernidad y subdesarrollo, serán los planos a dirimir en lo nacional. En la estética de Balaguer lo monumental y lo mínimo, la noción de masa y volumen, son los principios básicos. Sus observaciones sobre ciudades, personas y situaciones, siempre destacan ese aspecto de la distancia y su peso, de la gravedad última que el sujeto o el espectador estarán soportando. Tal vez no sea esto su invención. Entendemos que él no será el único en manifestar esta tendencia. Podría incluso hablarse de todo un lenguaje que precede al balaguerismo, que está en la creación literaria y en algunos proyectos arquitectónicos y urbanos aislados. Pero más allá de la fuerza de lo precedente, el doctor Balaguer estará traduciendo e intensificando estas líneas de fuerza. Y aún más. Su poética o estética, formarán una unidad con la ética e incluso con su disciplina corporal. Y lo mismo se produce en un línea que a veces, al ojo externo a la insularidad, podría parecerle como parte de un absurdo o esos clisés de lo realismo maravilloso con que se nos remacha desde la visión externa.

---

49) Junto a Guillermo González, Henry Gazón Bona se constituyó en uno de los pilares de la nueva arquitectura dominicana. Estudió en Francia, y a su regreso al país en los años treinta, construyó su Casa Barco (1930), hermosa muestra del Art-Deco. Sin embargo, su aliento vanguardista pronto sucumbiría frente a los dictados estéticos de la Era. Pronto se convertiría no sólo en su gran defensor, sino también en uno de sus hacedores. El Partido Dominicano – actual Secretaría de Estado de Cultura-, los destacamentos policiales de la Era y el Monumento a la Paz de Trujillo, en la entrada de Santiago de los Caballeros, actual Monumento a los Héroes de la Restauración, salieron de su mesa de diseño. Para mayores detalles sobre su obra, ver artículo del arq. Eugenio Pérez Montás, "Autonomía e independencia en la arquitectura de Henry Gazón Bona", Suplemento sabatino de El Caribe, 10 de octubre de 1981.

En Balaguer encontramos al paseante, al proyectista. Los trazos de su escritura se recorrieron luego hasta esculpir el perfil de nuestra ciudades. Esta urbanidad moderna dominicana desde mediados del siglo XX, marcada por el genio balaguerista, tiene mucho de esa prosa grisácea con la que se vuelcan las palabras más sentidas hacia las ruinas imperiales, ruinas que de repente se revitalizan, como si el destino no fuera la casa sino la tumba.

Tras su estancia diplomática en Quito, Balaguer señala:

“Lo que más profundamente nos impresiona en Quito es el contraste que existe entre la suntuosidad de las iglesias y la pobreza de la población indígena” (1988:340).

Tras pasar por aquél París de principio de los años 30, resalta:

“La cosa que tal vez nos mueve más profundamente en la capital francesa, es el monumento en que se conservan los restos del Emperador por antonomasia... El deslumbramiento que nos produce la visita a la tumba de Napoleón, no proviene sólo de la belleza material del templo en que descansan los restos del héroe... La solemnidad de la emoción proviene, antes que nada, de la luz indecisa que rodea el sepulcro y en cuya palidez se mezclan los rayos del amanecer de Austerlitz con los de la tarde de Santa Elena” (ib.: 343-344))

A la admiración del poeta Balaguer le siguió la gramática urbana del presidente Balaguer. ¿No podríamos comparar las transformaciones en el “Altar de la Patria” con las dimensiones de la tumba de Napoleón?

Es paradigmático lo acontecido en el Parque Independencia. Su antigua puerta —llamada del Conde de Peñalba y hasta el siglo XIX uno de los accesos a Santo Domingo—, lugar de proclamación de la República Dominicana, el 27 de febrero de 1844, fue conocida hasta un siglo después como “Baluarte del Conde”. Para las celebraciones del Centenario se transforma en “Altar de la Patria” (Balaguer 1955: 97).

Espacio por excelencia de la población capitalina y símbolo patrio, durante la gestión presidencial balaguerista se convirtió en el punto de partida para un gran proyecto de reconversión de la Ciudad intramuros. En 1975 se produjo una transformación radical de este Parque Independencia. La antigua glorieta, uno de los símbolos de la ciudad, fue eliminada. En su lugar se levantó una edificación adonde se trasladaron los restos de los Padres de la Patria. Entre

éste y la antigua puerta de la ciudad, se rehizo un antiguo foso, el que daba cuenta de una pretendida ciudad colonial. El espacio del parque se fracturó en dos grandes partes. Lo que antes era plano entonces se dividió entre lo bajo y lo alto. El mausoleo para Duarte, Sánchez y Mella, ocupó la parte superior. Como para dignificar aún más el lugar, y con el propósito de su mejor conservación, se procedió a la colocación de una gran valla.

El objetivo de esta empresa de renovación era obvio: el de inscribir en el espacio las propuestas de modernidad y tradición. La misma, sin embargo, se realizó de una manera excluyente y anuladora. No sólo se borró un espacio vital dentro de la cotidianidad capitaléña, sino que se procedió a levantar un monumento sórdido, kitsch, contrapuesto a los principios de tropicalidad. Lo peor fue que con esta transformación se dio continuidad a una política de intervención en el espacio de la Ciudad Colonial que iría borrando la historia contemporánea para esterizarla en función de un supuesto pasado propio de la “Atenas del Nuevo Mundo”.<sup>50</sup>

## EL EVANGELIO BALAGUERISTA: R – T – L

Si como dijimos, no puede atribuírsele a Joaquín Balaguer la autoría de la “Cartilla cívica”, las similitudes entre conceptos y estilo de ambos son más que simple coincidencia: el estilo, los paradigmas, los referentes históricos, la manera en que luego los mismos serán desarrollados ya bajo la pluma propia del Doctor. Ya en el segundo párrafo<sup>51</sup> se habla de “Juan Pablo Duarte, que la hizo [a la Rep. Dominicana, MDM.], la predicó con su pensamiento, la ayudó con sus bienes y la defendió con su espada (:273).

---

50) Aunque el título sea moneda corriente, ya Pedro Henríquez Ureña tuvo tiempo de criticarlo, al plantear que “el título de ‘Atenas del Nuevo Mundo’ era pura exageración de los tiempos barrocos” (t.X: 27). En *“La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo”* (1936), señala también que “la leyenda local dice que la ciudad de Santo Domingo, capital de la isla, mereció el nombre de Atenas del Nuevo Mundo. Frase muy del gusto español del Renacimiento; pero ¡qué extraña concepción del ideal ateniense: una Atenas militar en parte, en parte conventual! ¿En qué se fundaba el pomposo título? En la enseñanza universitaria, desde luego; en el saber de los conventos, del Palacio Arzobispal, de la Real Audiencia, después” (t.VII: 228). Para una crítica más amplia a este concepto, ver el artículo de Amparo Chantada titulado “Desmificando la Atenas del Nuevo Mundo” (1998: 25-41).

51) Utilizaremos la versión de la “Cartilla...” que se incluye en *“El pensamiento vivo de Trujillo”* (1955).

Luego de presentar a la República como un producto facturado por Trujillo, algo nuevo, subliminal diríamos, aparece en el discurso político. Pudo haber sido una licencia –o triquiñuela- poética, pero sería más de eso. Las siglas del tirano Rafael Leonidas Trujillo –RTL-, surgen como si se trata de acróstico político:

“Después de muchos años de desgracia, terminada la fatalidad del desorden, es tiempo de que pensemos mejor y de que busquemos hacer la felicidad del pueblo dominicano por medio de la *Rectitud, la Libertad y el Trabajo*” (ib., cursivas nuestras).

El proyecto de dominación está estructurado, y justo ya en 1932. Un simple documento trazaba en una línea recta lo que anteriormente habían sido líneas de fuga. Educar es disciplinar. La puesta en escena se produce dentro de una parafernalia religiosa.

Transcribamos completo el acápite relativo a la nación, y convengamos en que el mismo no es más que síntesis de las tradiciones autoritarias de la historia nacional y fundación de un perfil esencial del dominicano moderno.

“Todos los dominicanos unidos por la Ley forman la Nación. La Nación tiene su Bandera, su Escudo y su Himno.

La Bandera es la imagen de la Patria.

El Escudo está en la Bandera, en el pecho del Presidente, en la frente de los soldados y en los documentos oficiales, para decir que en ellos descansa el honor de la Patria.

El Himno es la Oración de la Patria: es un rezo que hacemos, cantando por su gloria.” (:74)

Lo nacional se reduce a la identificación del pueblo con una figura histórica, un símbolo, un eje de fuerza, la figura del presidente. La nación aparece como comunidad religiosa. Más que un gentilicio, lo dominicano emerge como resultado de cierto verbo divino. El mismo Balaguer lo confirmará en sus “Memorias”, cuando escribía: “Si por algo debo dar gracias a Dios es por haber nacido en un país pequeño pero dotado de prodigiosas bellezas naturales y señalado desde sus orígenes con los signos de la predestinación” (1988: 407)

De nuevo encontramos el concepto *predestinación*, que operará en su discurso como un ritornello, algo que se concede a la figura del tirano, y cuando éste desaparece, a sí mismo. ¿Podría hablarse de una “teología balaguerista”, de una interpretación particular –y bastante peculiar- del mensaje cristiano, del Evangelio? ¿O

estaremos frente a una perversión de estos mismos principios, mediante los cuales lo terrenal sustituye el efecto de los frutos del espíritu?

La "Cartilla..." plantea toda una epifanía del trujillato. Los principios de orden, seguridad personal, desarrollo, estarán garantizados solamente si el sujeto nacional —el dominicano— se cubre con las sombras del tirano. Aquí no cuenta la conciencia propia ante el sí mismo y ante el otro, la capacidad de interpretación y de diferenciación, la posibilidad del consenso o el convencimiento. La *comunnio* que se propone se fundamenta en la consolidación que puedan tener las espaldas de Trujillo, espacio sobre el cual todo lo nacional tendrá que descansar:

"Para que todo marche bien, el Presidente de la República dispone de empleados y tiene un Ejército, que, juntos, cuidan de que cada hombre cumpla con la Ley" (:275).

"El Presidente trabaja incesantemente por la felicidad de su pueblo. Él mantiene la paz; sostiene las escuelas; hace los caminos; protege el trabajo en toda forma; ayuda la agricultura; ampara las industrias; conserva y mejora los puertos; mantiene los hospitales; favorece el estudio y organiza el Ejército para garantía de cada hombre ordenado" (ib.).

"Ama a la República por encima de todas las cosas y obedece a su Gobierno, como la mejor manera de hacer la felicidad del pueblo, que es tu propia felicidad" (:276).

A partir de estas "ideas cívicas" se podría al final hasta prescindir de cualquier iglesia o religión. El cristianismo aparecería como una razón última, pero no una creencia primariamente suficiente.

La frase de "Dios y Trujillo"; puesta en la frontera con Haití<sup>52</sup> o delante de la casa del político Jacinto B. Peynado,<sup>53</sup> y finalmente elegido como título de uno de los textos cumbres de la epifanía trujillista,<sup>54</sup> bien que podría resumir las dimensiones del imaginario dominicano bajo la Era.

52) Harding 1949: 58.

53) Balaguer 1998: 219.

54) *Dios y Trujillo. Una interpretación realista de la historia dominicana. Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia leído por el doctor Joaquín Balaguer en la sesión solemne celebrada el 14 de noviembre de 1954.* Clío, Órgano de la Academia Dominicana de la Historia, año XXII, núm. 101, octubre-diciembre, pp. 1-4.

## URBANIDAD IMPERIAL

Hay una idea que recorre como una constante el pensar y el obrar de Joaquín Balaguer: la de lo clásico-imperial. Hay otras tangenciales, que se apoyan sobre aquella, que le aseguran su perfil: lo divino, la predestinación, el destino, lo heroico.

Aquel joven provinciano provenía de una familia que luego de años de bonanza, prontamente se vio sumida en la crisis que produjo la magra coyuntura económica a partir de la Primera Guerra Mundial. De muy joven se había destacado como orador, declamador y poeta. Primero comenzó por el camino tradicional de todos los intelectuales, el del periodismo. Pronto optó por los estudios de Derecho. Ya desde 1930, con apenas 24 años, con título y con fama debido a los alcances de su voz, será parte de un tren burocrático, el de Trujillo, prontamente convertido en máquina fatal para toda una generación, una país, una época.

Antes de este paso y mientras afilaba armas en el mundo creativo, Balaguer ejerció la poesía. De los textos que conforman su producción antes de 1930, dos llevan títulos vinculados a esas ideas imperiales y místicas que ya mostraban una tendencia definida: "*Salmos paganos*" (Editora Franco Hermanos, Santiago, 1922), y "*Tebaida lírica*" (Editora Franco Bidó, Santiago, 1924).<sup>55</sup>

Admiración por el pasado de la Antigüedad, conciencia del yo, belicosidad en la expresión, ahí tenemos definidos una parte esencial de la personalidad balaguerista. Si desde entonces hubo una actitud recta en su pensamiento, esa fue la de siempre haber conservado una gran capacidad de diálogo consigo mismo, aunque ello al final no haya conllevado a una responsabilidad ante sus semejantes. Su posición frente a los hechos del trujillato, que nadie como él habría de conocer en toda su intimidad, lo situarían en un evidente papel de cómplice. Sin embargo, a la hora de pensar al margen de una valoración, podría decirse Balaguer fue consecuente con su auto-percepción de destino. El suyo: estar siempre a la sombra del poder, logrando desde mediados de su vida convertirse en su centro.

---

55) La pasión por la Antigüedad y por la literatura latina lo llevó a la asunción de aquel concepto de Tebaida, nombre con el que se denominaba a una de las partes del Antiguo Egipto, donde se ubicarían por lo demás algunas de las primeras comunidades cristianas. "La Tebaida" fue también una epopeya del escritor latino Estacio (91?).

Si vemos el país dominicano en los años 30 por aquellos ojos juveniles, tendríamos que advertir la manera en que su capital, Santo Domingo, convertida prontamente en Ciudad Trujillo (1936), se veía desde lo alto y lo bajo. Primero está el intelectual rural que mira con desconfianza a todo un entramado de intelectuales curtidos en las luchas anti-ocupacionistas, y que con toda seguridad, no le habrían ofrecido inicial y espontáneamente un espacio dentro de sus haberes. Luego, está el joven profesional que ha accedido meteóricamente por su gran talento, por su genio, pero también por sus lazos familiares con la entonces esposa del general Rafael Leonidas Trujillo Molina, Bienvenida Ricardo, quien era su prima-hermana.<sup>56</sup> Poco después está el diplomático y el estudiante en Madrid y París (1932-1935), especializándose, limando aquellas visiones provinciales y afinando formas de pensar, estilo literario, asumiendo los órdenes que impone la distancia entre Europa y la Isla.

Hay que imaginarse su visión del orden político, las propuestas de desarrollo urbano que se planteaban con todo su tinte nacionalista y el reforzamiento del aparato trujillista. Hay que tomar en cuenta el impacto que habrían de producirle aquellos años madrileños y parisinos, la incapacidad suya de establecer un diálogo con las tempestades vanguardistas que por todos lados zarandeaban la sociedad europea. Finalmente, hay que pensar en sus grados de insularidad, en la manera en que aún desde la distancia tiene consciencia de su pertenencia al aparato de Estado.

Por entonces el poeta Balaguer entra en receso para darle paso al político, al pensador, al estratega. O tal vez el poeta no cesa del todo, quizás sucede que el bardo deja de enfrentar la lírica y disuelve esta en un repujado discurso.

Ciudad es texto. La Era de Trujillo se ejerce primariamente en las estructuras urbanas, nuevo espacio de la Historia. Luego del fracaso que produjo su primer texto de gran aliento, "Trujillo y su obra"<sup>57</sup> —por el desliz de elogiar a Rafael Estrella Ureña, desafecto del régimen (Balaguer 1988: 74)—, sólo en 1944 publicaría un texto que ya desde el título nos advierte sobre las dimensiones del mundo inaugurado. "Guía emocional de la ciudad romántica" podría ser

---

56) Rodríguez de León 1996: 29-30.

57) Imprenta de Sáez y Hermanos, Madrid, 1934.

considerado como un largo poema en prosa con ingredientes crudamente propagandísticos. Aunque luego Balaguer se preciara de no haber escrito poesía durante la Era de Trujillo, el hecho es que aquí se explaya el prosista, el historiador, el politólogo, pero sobre todo, el escriba, el proyectista de una nueva percepción del ser que implicará, al mismo tiempo, una refacturación de su orden espacial, entiéndase, del urbano.

En su caso, la declamación fue una reclamación, y al mismo tiempo, plano para una fundación. Lo que el fervor lírico proclama, no será una resultante fantástica, sino una percepción de la historia que pronto se convertirá en programa. Estamos frente a la traducción de un concepto de grandeza imperial. El prosista no sólo está evocando y provocando, sino que está transcribiendo hechos que a la vez que vienen de la historia —todo lo que implicó el ser “ciudad primada de América”, deberían conducir a elevaciones que confirmasen el papel de predestinados que supuestamente fuimos —y somos— los dominicanos.

En cierto sentido Balaguer integrará su voz a un coro que desde diferentes escenarios —el congresional, el universitario, el burocrático, el tecnocrático—, están consolidando las bases míticas del reino trujillista. Después de sus salmos y más allá de sus teбайдas, al parecer se está descorriendo el verbo de un dominio milenarista.

Continuidad y trascendencia, tradición y modernidad, parecieron constituir el curso de corrientes entrecruzadas. Tanto el Estado como el sector privado necesitaron construir, remodelar, proyectar una imagen de bienestar, con una mirada lateral hacia La Habana, Washington, incluso hasta a la Ciudad del Vaticano.

La racionalidad a lo Bauhaus confluyó con la noción de espacialidad imperial greco-romana. Mientras Gazcue, Ciudad Nueva y el Ensanche Lugo se convirtieron el escenario donde la bonanza azucarera e industrial se hacía sentir, el Estado inauguraba en 1949 el barrio del Mejoramiento Social, al norte de la ciudad, como paradigma de desarrollo y estabilidad.<sup>58</sup> Estos fueron escenarios de atrevidas apuestas arquitectónicas.

---

58) En uno de los tantos libros por encargo que entonces se publicaron, se comenta: “Dominicans are fond of their historic church architecture; they have adapted modern architecture for the government and Dominican Party

Las estructuras urbanas prohijadas por el trujillato debían dar cuenta de estos sentidos fundadores. Junto a la disposición de estas formas, se disponían simultáneamente sus procedimientos de intelección. Con el construir no sólo se efectivizaban conocimientos, sino que se producían nuevos. Claridad de las líneas, claridad del discurrir, del tránsito, linealidad en todo movimiento: el del pensamiento, el de la auto-percepción.

Dentro de los procedimientos del conocimiento, como tuvimos ocasión de ver, la estrategia balaguerista se fundamenta en el falseamiento de la historia y la invención de algunos de sus filones. Ciudad Trujillo será obra de Trujillo:

“Este creador, después de acabada la obra maravillosa de la reconstrucción, sintió también la nostalgia del ascenso a esferas superiores. Entonces creó el puerto, tendiendo tajamares de acero sobre las playas que el mar llenaba cada noche de lirios espumosos” (Balaguer 1944: 112).

El sobredimensionamiento es claro: si bien el puerto capitalino sería concluido bajo su gestión (1935-1938), las ideas originales se remontaban a la época de la Ocupación Militar Norteamericana. Sobre la feminidad de la naturaleza –del mar-, está la virilidad trujilloneana creando e imponiendo, venciendo a la naturaleza y conformando estadios superiores en el entramado social.

A la utilidad le corresponderá la belleza. A los desastres naturales, la manta arropadora del Benefactor de la Patria.

Dentro de esta escenificación, donde Trujillo opera como necesidad y fin de la historia, procede la evaluación de sus gestos como una respuesta a viejas preguntas del positivismo finisecular del siglo XIX. Después de retrotraerse a los argentinos Juan Bautista Alberti

---

structures and for many of the new residences. A visitor, observing these new buildings, is likely to exclaim: 'Frank Lloyd Wright, the American architect, has been here!' And, although Wright himself had no hand in any of this, it is true enough that his influence is visible and that the Dominican architects' turn of mind is modern" (Walker 1947: 1955). [Los dominicanos son aficionados a su histórica arquitectura religiosa; han adaptado la arquitectura moderna a las estructuras del Gobierno y del Partido Dominicano, así como en las nuevas residencias. Un visitante que observara estas nuevas edificaciones podría decir: 'Frank Lloyd Wright, el arquitecto americano, estuvo aquí!' Y aunque el mismo Wright no le hubiera puesto la mano a nada de esto, es una gran verdad lo visible que es su influencia y que es moderno lo que el arquitecto dominicano tiene en mente].

(1810-1884) y Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), para quienes alternativamente gobernar era poblar y educar, deduce que para el tirano, “gobernar es alimentar”. ¿Será esta consigna un intento de dar respuesta a la explicación de José Ramón López, del atraso dominicano en función de sus limitaciones alimenticias?

Por lo visto, la mirada esquiva del saber balaguerista no podría obviar los referentes democráticos inmediatos, e incluso la búsqueda de un diálogo indirecto con los mismos. Plantea, entonces, que “Trujillo, como Martí, como Hostos, como Luperón, trae, en segundo lugar, a la vida internacional del Nuevo Mundo, el sueño de la Patira Grande, el ideal del acercamiento americano” (: 117). ¿Una respuesta a los planteos más concretos de Hostos sobre la Confederación Antillana?

Vemos la manera en que sin enfrentar directamente a discursos y autores, hay en los paradigmas balagueristas una identificación de las diferencias líneas interpretativas, y la intención de hacerlos confluir en el río de la Era.

Junto a la mitificación de un pasado —que también puede incluir su falseamiento consciente—, se produce la búsqueda de unos referentes históricos que amparen la legitimidad de un hacer y un pensar.

La originalidad en la visión y el detectar cómo se estructuraban esas constantes y variables de la cartografía del poder trujillista, fueron también parte del genio de Balaguer. Dentro de estos ejes se producirán sus percepciones de lo urbano.

Como todo componente de la vida social y el orden político, también la ciudad debía corporizar la realidad y las aspiraciones del régimen. Al remachar las supuestas glorias de un pasado colonial, asume el carácter primado de la ciudad como una concesión divina. Por extensión, también Trujillo debía ser parte de este plano, y no sólo eso. El tirano debía posicionarse y posesionarse a partir de esta autopercepción creadora. Si en el principio Dios era el Verbo y el Verbo era Dios, entonces la palabra era en sí misma una fundación. Si “la primera virtud que debe adornar al escritor es... la de claridad” (: 360) entonces lo urbano debe ser lo suficientemente clara como para caber en ella toda la visión de Trujillo. Pero también, debe ser lo bastante grande como para transparentar las dimensiones sobrehumanas del régimen.

Tradición y modernidad se conjugan en estas visiones. La política es espectáculo. La lucha del imaginario comienza en el espacio en blanco. Este espacio puede ser el del papel a escribir, la ciudad a poblar o llenar de símbolos, el público a esculpir con las palabras que se declaman. Luego de lanzar una mirada esquivada a la tradición, armándose con algunos de sus postulados y vertiéndolos tras los deseos del déspota, Balaguer tiene plena conciencia de la importancia del efectismo, la ilusión. Gracias al concurso de una serie de arquitectos que habían estudiado en Europa y los Estados Unidos, y al peso de las inmigraciones producidas a partir de las guerras europeas, las estructuras urbanas se impregnarán de nuevas formas.

Probablemente el desarrollo de la oratoria contribuyó a esta capacidad para advertir el poder de la dramatización en el público, la materialización que puede concitar lo ilusorio. En uno de sus mensajes radiados desde su exilio newyorkino, el 14 de marzo de 1965, expresa: "Los libros tienen tanta importancia casi como la conducta de los hombres en la educación de la mente colectiva" (Balaguer 1973: 158) . Y no solamente el libro. También aquella capacidad de claridad mencionada junto a su presentación gestual. En sus "Memorias de un cortesano" nos recuerda:

"Doña Rosa Smester, nuestra profesora de español en la escuela normal, nos habló siempre de la importancia que revestía para el éxito de un orador la parte histriónica o puramente teatral de la elocuencia... Pero la parte histriónica no radica en el gesto ni en las poses teatrales con que algunos oradores se empeñan inútilmente en cautivar la atención de su auditorio. Se trata de algo que emana a veces simplemente del ardor con que el tribuno emite sus conceptos y del encanto peculiar que emana de su voz pero que no es puramente físico" (1988: 37-38).

No está demás recordar la importancia del teatro, la dramatización y el concepto de monumentalidad que formaron los pivotes del nazismo y el fascismo en Europa. Incluso los mismos bigotes de Adolfo Hitler fueron prontamente imitados por algunos políticos locales, mientras a Trujillo llegó a llamársele en la prensa dominicana como el "Duce del Caribe".

El político es un escenificador. La fuerza en la oratoria es como la lucha contra algún mal. En esa combinación de gestos y licencias

literarias, de tono altisonante de voz y pronta tranquilidad de estancque, estarán las claves del éxito del nuevo político.

Con Trujillo accedemos a la política como escenificación de un drama. A ella debía contribuir cada una de las instituciones, personas, personalidades, corporalidades del país.

También la escuela debería integrarse a este proceso de legitimación del orden dictatorial. La misma operaría, también por su capacidad de socialización, en un elemento de vinculación con el espacio originario, ya fuese este urbano o rural. Más que por mantener un control poblacional o promover la producción agropecuaria, lo mismo se debería a una razón de peso mayor: a la necesidad de contener la marginalidad que crearían aquellos cinturones de miseria de los campesinos inmigrados alrededor de la ciudad.

En el discurso que ya hemos leído, también se expresan estas líneas de pensamiento:

“El tipo de nuestra actual escuela rudimentaria, toda de un huerto para la enseñanza práctica de la agricultura y con programas reducidos a los conocimientos fundamentales para la vida campesina, es un producto típico de la era que actualmente vivimos, era resueltamente orientada hacia el engrandecimiento material del país y hacia la explotación de sus recursos naturales” (Balaguer 1973: 13).

Vemos reafirmado otro de los elementos capitales en esta cruzada anti-hostosiana, la idea de la educación como soporte productivo legitimador de un orden estatal, no consensual. La misma idea se puede escarbar dentro de la discursividad de Trujillo, como cuando confiesa:

“No soy contrario a la existencia de la Universidad de Santo Domingo... pero entiendo que más se necesitan escuelas de artes y oficio” (Balaguer 1955: 31).

Luego de plantear que no era esta capacitación en el campo lo que incidía en la migración hacia la ciudad, sustentaba de paso, y como para confirmar su visión de fuerza, “que hubiera sido fácil evitar la radicación de ese núcleo paupérrimo en dicha zona urbana,

para lo cual hubiese bastado con la adopción de simples medidas de policía destinadas a reincorporarlo a sus ambientes naturales” (Ibid.: 15).

Vemos entonces la manera en que se está armando un rompecabezas útil a los designios del trujillato. La escuela en el campo se convertiría en elemento productivo económicamente, políticamente estabilizador, y socialmente integrador. Con ello se garantizaría una limitación de los flujos migratorios campo-ciudad, de modo que la imagen clásica de ciudad visible —y representativa— pudiera mantenerse y aún consolidarse.

### ¿SERÁ CRISTIANO EL DOCTOR BALAGUER?

“El más ligero análisis de la historia nacional revela... que sólo a partir de 1930... es cuando el pueblo dominicano deja de ser asistido exclusivamente por Dios para serlo igualmente por una mano que parece tocada desde el principio de una especie de predestinación divina: la mano providencial de Trujillo”

“La misma Providencia quiso dejar marcado, con su sello incontrastable, el paso de una era a otra: la catástrofe que en 1930 se desencadenó sobre la capital de la República cierra el ciclo del predominio en la historia del país de la acción del hombre que se supera en la energía constructiva y en la voluntad creadora”<sup>59</sup>

El doctor Joaquín Balaguer no sólo se ha considerado parte de un plan de divino para conformar el presente y el destino de la nación dominicana. En algo que podría continuar la línea del realismo maravilloso latinoamericano, remedando las reflexiones místicas de un doctor Francia o un Maximiliano Hernández, el Doctor se ha permitido pensarse como reencarnación del Verbo Divino en el plano de la historia.

Las dudas místicas que en torno a la muerte y el más allá expresa en *“Memorias de un Cortesano”*, bien pudieran tener su punto de partida en un artículo revelador, titulado *“Dios y Trujillo”*.

En el mismo, escrito y publicado a raíz del vigesimoquinto aniversario de la Era, pasa un rápido balance al pasado insular,

---

59 ) Joaquín Balaguer: “Dios y Trujillo”, inserto en “La Era de Trujillo”, por Abelardo R. Nanita, editor, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1955, pp. 61 y 59.

tratando de demostrar “*cierta intervención divina en todos los acontecimientos decisivos de la historia dominicana*” (:51).

Su planteamiento es simple: el pueblo dominicano “*nació con un destino superior entre todos los pueblos americanos*” (:55). Al final de siglos de conquista, colonización, miserias coloniales, declaraciones de independencia y guerras civiles, la figura de Trujillo habrá relevado a Dios a partir de 1930, fundando lo moderno dominicano.

Este “*destino superior*” dejará de ser una simple emoción lírica, de esas que recuerdan los arpegios del Viejo Testamento. Se convertirá en una filosa razón de Estado que servirá para fundar lo dominicano-moderno.

Gracias a ello se ha de imponer un esquizo discurso de exclusión de lo negro y por consiguiente, de los componentes africanos de nuestra cultura, dentro de nuestras autopercepciones, al ser ésta, pretendida y exclusivamente, de blancos y creyentes católicos. A la vez, impondrá una conciencia de gran nación que habrá de reflejarse en las políticas de constitución de lo urbano, modelando de paso, un nuevo sujeto social que se concibe, en estos tiempos post-modernos, dentro de una lógica espectacular.

Al estar constituido por lo hispánico y lo católico, el dominicano, para justificar este destino, tendrá que contrarrestar al otro, identificarse con un ideal que aún cuando no se corresponda a la realidad cotidiana, tendrá que constituirse en identidad nacional. De esta manera se procede a una política de exclusiones y tergiversaciones. El propio discurso histórico de Balaguer está lleno de erratas, errores y falseamientos que sólo trataban de legitimar la pertinencia del poder despótico de Trujillo.

El destino entonces estará unido a la supremacía de estos dos valores, que por consiguiente tendrán que servir como lanzas contra *los dos grandes enemigos* de aquellos años: el haitiano y el comunismo.

Vencer, detener a ambos, será una manera de cumplir con el *destino superior* que Dios nos ha guardado. Dentro de esta lógica, que bien recuerda al espíritu de las Cruzadas y la Inquisición, la matanza de haitianos en 1937 o *Corte* bien que estaría justificada.

Al realizar una exégis advertimos, sin embargo, que la interpretación bíblica-balaguerista se aleja significativamente del

mensaje de Jesús, donde se considera a cada ser humano como hijo de Dios, y donde al no-creyente se debe acercar uno con la idea del amor.

El Dios de Balaguer excluye a una buena parte de la humanidad dentro de sus planes. No reconoce la convivencia dentro de la pluralidad, el derecho a las ideas diferentes. Ni Comunión ni Ekklesia. Es un Dios de los viejos profetas, de la diáspora de Israel, de la necesidad de la lógica guerrera y sus consumaciones. En el caso de la isla de Santo Domingo tales visiones no sólo habrán de restringirse al trujillato, sino que se extenderán durante los veintidos años de su gestión (1966-78, 1986-1996). No es fortuita la negación a un diálogo con el vecino haitiano en torno a los destinos de la isla que compartimos; tampoco lo son nuestros planes de educación, fundamentados en el prejuicio racial y en la manipulación del tratamiento de la historia. En ésta, el Doctor estará dejando sentir sus efectos.

Según Balaguer, la gracia divina nos había salvado de las intenciones de Toussaint Louverture con su invasión en 1801, con la cual quería éste *"exterminar en este lado de la isla a todas las familias de ascendencia europea"* (: 52). Nada más alejado de la verdad, como nos plantea Frank Moya Pons en su *Manual de Historia Dominicana*:

*"En una primera proclama a los habitantes de Santo Domingo, emitida el día 27 de enero de 1801, Toussaint pedía a sus nuevos conciudadanos volver a sus trabajos habituales e invitaba a aquellos que habían abandonado la Isla a regresar con 'las personas de todos los colores' que hubieran salido con ellos"* (1997: 193).

Por otra parte, en *"La educación y el comunismo"*, incluido en sus *"Discursos"* (Ediciones Acies, Madrid, 1957, p.154), presentará a Trujillo como el garante *"de la unidad religiosa de la familia dominicana"*. Contra el comunismo, ateo por naturaleza y *"fruto de la ignorancia"* (: 149), aparecerá la figura de Trujillo, como todo un prohombre del cristianismo.

Entre Dios y Trujillo se repartirá la historia dominicana. En 1930 se habrá de producir el tajo entre ambos, según Balaguer.

Pero, ¿habrá sido enviado el ciclón de San Zenón por Dios para que Trujillo tuviese la oportunidad de levantar un país nuevo? ¿Vivimos entonces dentro del mito de la Jerusalén restaurada?

- ¿Será cristiano considerar así el papel de Dios dentro de la historia?  
¿Privilegiará Dios a los dominicanos frente al vecino haitiano?  
¿Es cristiano el Doctor Joaquín Balaguer?

16.03.99

## **FASCINACIÓN Y DESPRECIO ANTE UNA IZQUIERDA BALAGUERISTA Y UN BALAGUERISMO ANTI-BALAGUER**

### **I**

Debo comenzar negándome a llamarlo Doctor, a pensarlo desde su profesión, porque en verdad, él nunca la ha ejercido.

El Doctor así en mayúsculas, como sinónimo de Joaquín Balaguer, el poeta, el burócrata, el lingüista, el testafarro, el intelectual, el forjador del Estado moderno dominicano.

Tantas son las imágenes, tan grande será su estatura, difícil será la hora en la que un sólo concepto pueda atraparlo. Reunir ese juego de abalorios en una sola imagen será empresa de nunca acabar.

Digamos que en el transcurso de estas páginas él es simplemente Balaguer y no el Honorable Señor Presidente, forma de pleitesía que sólo se oiría en algunas cortes imperiales de Asia y Europa.

### **II**

Se habla de balaguerismo como concepto, ideario, teoría política.

Yo creo que no hay balaguerismo.

Lo que él en su visión procrea no es más que la síntesis de un sentido común de los discursos dominantes de la dominicanidad. La marca que quizás él establece es la maravillosa capacidad de saber disolver éstos en los diferentes estadios de desarrollo de nuestra sociedad, desde la dictadura trujillista hasta la modernidad de los 90.

El resto no es más que insistencia en atrapar al individuo y sus prácticas en un sustantivo que clasifique, que pueda dar nombre a una zona de lo nacional.

Se dice que él es un estoico, y en verdad que lo es, en el sentido común. Pero cuidado con buscar semejanzas directas con el estoicismo griego.

Estoico no es únicamente lo cerrado, el sacrificio personal por una idea. Esto lo podrá decir tal vez cualquier diccionario manual, pero ahí no acabará la cosa.

Para el ideal estoico la alegría se consigue, como dice Séneca, no en el yo, sino en la mejor parte de sí mismo, en las buenas verdades, en una buena aplicación de conciencias y propósitos.

Esta buena parte sí mismo la relaciona a seguidas con un yo trascendental, en una razón que parte de la razón universal y que conduce a un principio de armonía.

A Séneca lo completa Marco Aurelio cuando en sus epítetos describe tres ejercicios que conducen a lo práctico de este estoicismo:

- Juzgar a partir de bases objetivas, desde la conciencia de una razón interna;
- Tratar con los demás individuos en los marcos de una razón colectiva;
- Aceptar el destino al que nos llevará la razón cósmica.

Y entonces volvemos a Séneca: Toti se inserens mundo: Hay que dejarse entrar en la totalidad del mundo.

La suerte está más que en el placer en la virtud de una justa conciencia.

Si asumimos el destino como las manos ciegas que imponen un deber bajo la cuenta de que este es irrecusable, que condena, entonces no se tendrá suerte.

La conciliación del sujeto con su obra no se dará en tanto esta obra no sea parte del proceso de subjetivación de este sujeto. Escribámoslo más sencillo: El destino es conciencia de un fin, en el proceso de lograr este -sea positivo o negativo-, el sujeto encontrará la confirmación de que es sujeto, de que puede hacer, de que dispone de un yo. El destino es también azar, pero este no será lo determinante en última instancia, a menos que se quiera vivir con los códigos de las sociedades agrarias.

Este sentido de la suerte en función de una justa conciencia es otro factor que se le escapa al doctor Balaguer. No siempre él

creará lo que dice porque la política también es juego, mantenimiento de equilibrios, de equidistancias, a ratos incluso trágico y absurdo juego kafkiano.

Joaquín Balaguer se considera parte fundamental del destino dominicano.

A la consagración de una dominicanidad que rompa el insularismo él se ha consagrado de una manera insistente, protéica, diríamos. Su manera de manejar las cosas del Estado resume pericia, astucia, profundo conocimiento de las leyes del ego humano. Ha refinado la técnica de manejarse en el poder de manera tal que a veces ésta raya en la insensibilidad o en la medalaganería.

Al hablarse de él se recurren a los estilos cesaristas, napoleónicos o maquiavélicos.

Yo diría que él está más cerca de aquellas prefiguraciones sobre las que escribiría en el siglo XIX Hypolite Taine, y que se refieren al héroe como corporización del héroe mítico griego.

Balaguer se cree un mito. Más que suerte en el sentido de la gracia, para él la suerte es lo que el futuro, naturalmente imprevisible, trae. Tendremos que recordar su convencida expresión, de que no es bueno cambiar de caballo cuando se está en medio de un río.

Este tirarse a las costas del futuro como un ir a la guerra nos da la pista de que Balaguer dispone de una concepción nihilista de la política. Nihilismo que es incluso negarse a sí mismo al consagrarse religiosamente a los manejos de la política, negación por tanto del otro, o más que negación, anulación.

Finalizando ya su carrera política, y en momentos en que despierta pleitesía y admiración incluso en sectores tradicionalmente opuestos, como el de la izquierda universitaria, esta manera de ser nihilista no podría menos que conducir más a una irresponsabilidad política consensualmente aceptada como legítima.

Digamos que para él la política no es juego de ideas, sino trato, negocio, administración.

En este sentido no estaría lejos del doctor Francia, tan esmeradamente detallado en sus ademanes por Alejo Carpentier en su Recurso del Método.

En fin, digamos que sus parámetros son los tradicionales del verticalismo.

Todos estaremos acostumbrados ya a ese ritual pre-electoral en el que él ha mantenido en vilo al resto de los partidos políticos ante la elección, a dedo, de su acompañante de boleta.

Más que un co-partícipe lo que él busca será su propio espejo.

Por eso la lista de vice-presidentes apáticos, abúlicos, sin opiniones, intelectuales puros o técnicos puros, pero no políticos, no individuos dados al encuentro de las ideas, a las prácticas de las discusiones o las divergencias. Balaguer tiene miedo de su sombra, de procrearlas, de constarlas, porque entonces él se sabe finito, humano, histórico, y éste es tal vez su horror vacui, su miedo al vacío. El sabe que después de él se abjurará de su historia a sabiendas de que desde ya se le mitifica.

Amor-odio, esto es lo que él sabe que genera.

El es nuestro mal necesario. El sabe que no dejará una moral, por lo tanto ninguna escuela, y que aquellos que puedan enarbolar su ética, serán los menos y serán también los anulados de la historia.

Como él ha acostumbrado a sus correligionarios al terror síquico de no meterse en rojo por el temor a no salir luego electos, entonces él sabrá que las lealtades a su alrededor se darán en función del empleo o la acumulación de capitales que genere.

Balaguer se mueve entre el miedo que produce pero también ante el miedo a sí mismo. Cualquier carrera política de sus partidarios puede peligrar ante alguna confesión o manejo indiscreto de los secretos del Estado -o de su persona, que serán los mismos.

Se dirá con toda razón entonces que el panóptico balagueriano es uno de los dispositivos esenciales de la política dominicana.

### III

A Balaguer no se le conocen pares intelectuales, y los que pudo haber, como el padre Robles Toledano, no lo fueron en los predios de la política práctica. El sólo tuvo maestros, y no precisamente dechados de concepciones democratizantes, como el caso de Peña Batlle.

La incapacidad natural del diálogo, quizás mal endógeno de esta sociedad, de la que él es uno de sus tipos más preciados, lo conduce a presentarse como la víctima de este destino. Pero, lo que a primera vista es una fiel adhesión más que a su programa o sus ideas, a su persona, resume lo que de fundamentalista y peligrosamente conservador contiene la nación dominicana.

Con una sociedad civil débil como la nuestra, donde los procesos de institucionalización a nivel de Estado y del sector privado se producen con fracturas que llegan a lo estructural, donde la misma Constitución ha sido considerada como un pedazo de papel por el mismo Doctor, el que se normalicen y se acepten como necesarias estas formas personalistas, y por consiguientes clientelistas, no pueden conducir más que a la normalización de una práctica que por lo demás está ya decididamente arraigada en nuestra cotidianidad.

Hablo de la corrupción y la hipoteca cada vez más creciente de los bienes nacionales.

#### IV

Antes de seguir juzgando -o mejor, considerando, para no ir por esos lados del deber ser- habrá que remontarse a los años de su formación personal, aunque esto nos lleve a ciertas inevitables disgregaciones.

Por los años 20 y 30 el arielismo de Rodó confluía con el pujante nacionalismo mejicano y una intención de marcar los linderos de nuestra identidad política latinoamericana.

Se leía tanto a Rodó como a Vasconcelos y a Vargas Vila. Aún se podían sentir las cenizas de las grandes llamaradas libertadoras de Cuba y Puerto Rico, mientras la Revolución Mexicana venía a marcar la gran chispa de la esperanza nacionalista, cuando aún el nacionalismo era algo progresista.

Lo más granado de la intelectualidad de la época -para decirlo con una suave imagen- estaba impregnada de una profunda conciencia anti-imperialista: Fabio Fiallo, Américo Lugo, por no hablar de los Henríquez-Carvajal-Ureña.

El principiante trujillismo, a pesar de lo que traería luego, se plantea como la revolución más púra de América, en eufemísticas palabras del poeta Tomás Hernández Franco.

Con los años saltaríamos del trujillismo al trujillato. El Jano bifronte estaría establecido y únicamente podría ser visto desde un punto de uno de sus rostros.

Todos los sueños de esa generación mítica, que se insuflaba con los fuegos arielistas, tuvieron que subsumirse en disciplinatorias prácticas de Estado, ahogarse, postergarse, o largarse al exilio.

Estrellada la tiranía, el ave Fénix conocerá nuevas cenizas. Cruel ironía de la vida: Desde su juventud Joaquín Balaguer no había visto las calles a partir de su sola condición de sujeto, y ahora las ve: probará el vino amargo del exilio en los 60, en Nueva York. Será la última vez que lo haga.

## V

Joaquín Balaguer vuelve y se instala en la presidencia en 1966. A partir de entonces comenzará su definitiva consagración al bienestar de la Patria.

Joaquín Balaguer instala una técnica en los manejos del Estado que combinará el dejar hacer, dejar pasar, con aquella fórmula de que la corrupción se detiene en la puerta de su despacho.

Pasamos años de profundas noches oscuras, con gente cruel o legalmente asesinada, o simplemente desaparecida.

Gobierno que trabaja, país que progresa. Tuvimos un presidente consagrado a la religión de la República.

¿Y los que siguieron y siguen a Joaquín Balaguer, tienen una conciencia balaguerista?

Quizás hubiera sido bueno no hacerse esta pregunta porque entonces ya habremos caído en los supuestos a los que nos habíamos negados al principio.

Decíamos que no hay balaguerismo sino el estilo clientelista de un hombre que más que un concepto de la política lo que ha procreado ha sido una técnica de sus manejos.

Tragicomedia de la vida. La ética de Balaguer -no digo balaguerista- se sustenta en un servicio al país sin pretensión de bienes materiales.

Esta fue en parte la herencia del primer gobierno perredeísta (1978-1982), que bien supo cuidar y edulcorar con nuevos contenidos.

La ética de los balagueristas es la de servirse de este manjar. (La ética de todos, en verdad).

Es decir, tenemos una izquierda parcialmente balaguerista en lo ético y un balaguerismo que para Joaquín Balaguer es como su cabeza de Minerva, porque es todo lo que él no quisiera ser o hacer.

La izquierda dominicana, hasta su desaparición formal a principios de los ochenta, dispuso de una moral que combinaba ascetismo con estoicismo. Alguna vez, este era el sueño, se arribaría a la tierra de la justicia social y para eso habría que dedicarse a la política como una religión, no importando si se perdían bienes o amigos, o hasta a sí mismo.

Balaguer y las izquierdas hicieron suyos estos ideales milenaristas. La diferencia fueron las posiciones en las que uno y otro habían caído, la forma de operacionalizarlos.

El momento de consagración de tal imagen bien la podría dar aquel sentarse al lado de Fidel Castro en la reunión de presidentes latinoamericanos en Méjico. En ese momento la llegada al climax fue inevitable. Lo que produjo tal imagen en la prensa y en las discusiones políticas dominicanas no podía más que producir placer, esa sensación de que habíamos entrado a las esferas de las distensiones y que dos hombres con actitudes morales similares se habían re-unido.

Es indudable que Balaguer tuvo una secreta pasión por el estoicismo de izquierdas, a pesar de los muertos, exiliados y encarcelados de los que él mismo en parte fue culpable, a menos que queramos limpiarle las manos por eso de las fuerzas incontrolables de entonces.

Se dice que el protegió incluso, a aquella parte del comunismo ilustrado, el de los intelectuales del Partido Comunista Dominicano, y que fruto de ello, sería la legalización de los mismos al rayar el final de su gestión en 1978.

Fascinación por el contrario que reproduce sus ideales estoicos y desprecio por lo propio al no ser la sombra esperada o deseada.

Ahí está uno de los sino trágicos de Joaquín Balaguer.

Al final de sus días de seguro que viviremos uno de los últimos rituales con los que necesariamente tendremos que comenzar a despedir esa vieja dominicanidad de los insularismos, de la que él es uno de sus principales representantes.

Esperar a los balagueros jóvenes será como desearle nuevas desgracias al país.

Esperemos que a nadie esto se le ocurra, aunque se está claro ya que la herencia de Joaquín Balaguer se peleará como una pelea cruel después de haberse roto la piñata de la patria.

### I

¿Qué piensan nuestros políticos de Dios? ¿Siguen las enseñanzas cristianas? ¿Les importa?

El debate podría quedarse a la sombra de alguna mata de coco o en algún aula apestada de teólogos, cursillistas y aspirantes, si no fuera por la importancia del tema "Dios", y sobretodo, por su significación en las estrategias de comunicación de las últimas elecciones.

Bajo el tema "creer o no creer" se ocultan algunas miserias de lo dominicano en nuestra esquiza entrada en la modernidad.

Dios será tema de sacerdotes cansados o emotivos participantes de la Pascua Juvenil, hasta que de repente se necesitará la clarividencia de algún genio del márketing, para ver si nuestros políticos son verdaderos cristianos.

Más que el Cardenal y sus arzobispos, son estos oscuros cerebros de estrategias electorales los que nos hacen mover la cara al Divino, y a través de ellos, captar cómo nuestros políticos interpretan las enseñanzas bíblicas.

Pero aparte de estos usos y abusos, detrás del político está el sujeto, inquiriéndose, procesándose. Algunos harán reflexiones sumamente originales, como Bosch o Balaguer. Otros, como Peña Gómez, serán la víctima de algo que no se sabrá si es cruzada o inquisición.

A todos se les medirá por la vara de la religión, que es el de las creencias y adherencias. La fe continuará siendo uno de los ejes esenciales en todo imaginario social, lo que brindará la cohesión y la subsiguiente sensación de pertenencia.

Detrás de Dios, como en siglo XII hasta Descartes, estará la razón, la lógica, el en-sí y el con-sentido de las creencias, sentando las bases de Occidente.

### II.

Entre Dios y los políticos hay una institución mediadora, la iglesia. Ella siempre ha estado aquí y ahí para brindar soluciones.

Primero fue la evangelización de los indios. Cuando éstos se acababan, entonces se propuso traer esclavos negros. Pese a los

siglos de miseria colonial -el XVII y XVIII-, ella siguió levantando templos y operando como la mayor empresa de bienes raíces, a través de diezmos y capellanías.

A finales del siglo XVIII, cuando los españoles decidieron entregarnos a Francia para lograr la devolución de par de ciudades de la península, la iglesia estaba ahí, empacando santos, bancos hacia Cuba, pidiendo una extensión del tiempo de marchar para poder cobrar gran cantidad de deudas.

Luego vinieron los años de la República, cuando inventamos la dominicanidad y la iglesia la sacó en alto, frente a los negros haitianos y sus idolatrías africanas.

A finales del XIX comenzamos a modernizarnos, a secularizarnos, gracias a Eugenio María de Hostos. Enseñanza y religión debían estar separadas, y la moral, aún cuando debía inspirarse bajo las enseñanzas cristianas de justicia y orden social, no debía depender del aparato eclesiástico.

Llegamos a Trujillo y el matrimonio fue casi perfecto, hasta el momento en que al tirano se le ocurrió tener el derecho a constituirse en Padre y Protector de la Iglesia.

Entonces se produjo aquella decisiva carta pastoral y el sector democrático de la iglesia pudo expresar todo su estado de preocupación -por no decir de espanto- ante la barbarie de la Era. Desde esos años 60 y hasta ahora, la iglesia ha seguido ahí, constituyendo el corazón de nuestra sociedad civil. Mientras sus templos fueron zonas de protesta y justos reclamos populares -recordemos la ocupación de artistas en los finales del balaguerato de los doce años-, también eran espacios para la consagración del gobierno que progresaba mientras el país trabajaba.

La iglesia no tuvo ni tiene un decir homogéneo. Tampoco lo necesita. De ahí su permeabilidad, su capacidad de constituir nuestra vértebra, de estrellarse en lo que debería a veces ser su sentido de okumene, mediando en momento de crisis, brindándonos otras veces una necesaria referencia moral, brindándonos un espacio libertario, en fin, resaltando lo colorido que somos.

### **III. Joaquín Balaguer.**

El doctor es un místico que se da el lujo de dudar de Dios y no crear escándalo con ello, en un país donde todos deben asistir por lo menos a una misa por año -se escoge entre Semana Santa y la

Navidad- y tomar la hostia aunque no se confiesen previamente. Diría que de los últimos místicos, si es que antes hubiésemos tenido alguno, lo que no es el caso.

Primero es su autopercepción, luego la manera en que interpreta el acontecer social.

Sus preguntas, más que buscar una respuesta, se agotan en sí mismas, porque en el fondo son una queja, un punto suspensivo dentro del absurdo progresivo al que inexorablemente nos conduce..

“Siempre me ha parecido que existe una antinomia entre la perfección del hombre como tal y las debilidades a que se halla sujeto por inexorable designio de su naturaleza esencialmente deleznable”, ha escrito el Doctor en sus *“Memorias de un cortesano de la era de Trujillo”*.

De un zarpazo se borran aquí los Emilios rousseaneanos, el concepto de sujeto épico que va de Bolívar a Martí y al que él se referirá una y otra vez.

Esto quiere decir, no hay posibilidad de regeneración humana, de saltar sobre las barreras de la tradición, de mejorar la condición humana, de tener fe en progreso. Se diría que el hombre sigue siendo lobo del hombre, en la mejor tradición del Leviatán.

Balaguer es existencialista, pero su existencialismo no es creador. Niega, abole, peor aún, desconoce el concepto de bondad divina, en la medida en que el hombre está condenado a su mal y no es, o no puede ser, “a imagen y semejanza de Dios” transformado. No hay arca de Noé que pueda rescatar a Sísifo de su penar.

Si el mal tiene que triunfar por algún designio, entonces que venga el dejar hacer, el dejar pasar. ¿Justifica él de este modo aquello que con otras palabras sería su famosa advertencia, “la corrupción sólo se detiene en la puerta de mi despacho”?

¿Es el hombre responsable de sus actos? ¿Se puede llegar a través de la responsabilidad a la consideración del bien común? ¿Se puede tener fe en el hombre? ¿Tiene fe el Doctor en la capacidad del pueblo para democratizarse? ¿Se puede contribuir a ello desde arriba?

Sus desgracias personales han removido sus estructuras más íntimas, y lo primero ha sido el preguntarse por los sentidos de la existencia a través de la pertinencia de Dios en ella.

En una época era la posibilidad de que se cayera el helicóptero en el que generalmente viajaba, después de lo cual había que acudir al primer templo de la virgen de la Altagracia y agradecer a Dios por el milagro...

“Durante mucho tiempo me intrigó la insistencia con que mi madre, seis meses por lo menos antes de morir, repetía sin motivo aparente, las siguientes palabras: ‘Dios mío, protege a mi hijo’, - continúa escribiendo el doctor en sus Memorias, y agrega: “¿Por qué, me preguntaba al oírla, esa obsesión? Después de su muerte, varios meses más tarde, empecé a padecer del mismo quebranto que ensombreció sus últimos años: la pérdida inesperada de la visión, hecho que me sorprendió en un momento en que nada me permitía sospechar que debía pasar también por esa prueba”.

Se rompe el vínculo con la madre y la única manera de recuperarlo es padecer lo mismo, repetirla como un espejo frente a otro espejo. Se cierran los ojos hacia los paisajes, se abren las esferas hacia las habitaciones interiores. Lo que se ve en ellas, es el vacío, con el que se vivirá porque al menos habrán voces que ocuparán el espacio de las visiones. Pero dejémosle el caso a los amigos freudianos.

Desaparece otra voz, esto es, su hermana preferida, su alter ego, doña Emma, y en el recordatorio de la misa, escribe su último texto místico fundamental. A la manera de un Juan de Manrique, en su nueva Copla el Doctor llegará a preguntarse incluso por la misma existencia de Dios.

Para el Doctor Dios es presencia, pero no espíritu, ni emoción. Dios hace la Historia, pero no la cotidianidad. Sobre todo es la posibilidad del equilibrio, el eterno retorno podría decirse, en caso de ser osado, pero no de la apuesta, del cambio. Para él el salto no existe, en vista de que en la predestinación la potencia futura ya está determinada, repartida de antemano.

Por esto, a la hora de elegir con seguridad que se decidiría por el Antiguo Testamento y no por las epístolas de Pablo: tendrá que recorrerse un camino ya establecido, realizado en la mente de Dios, pero no se tirarán los cables hacia el futuro, hacia lo imprevisto.

Sus metáforas espaciales nos remiten a los libros genésicos, al Estado salomónico, al designio de fundar, de erigir, de eternizarse, con esa emoción inicial ante la torre de Babel o de Babilonia, antes

de que las lenguas o el fuego derribasen todas estas construcciones.

Otro caso para el Dios airado con aquel hijo del pueblo de Israel que se descuidó con su grey y permitió la hechura de ídolos: para el Doctor consuela la conciencia que se tendrá en el futuro y no las manos o el estómago que sufrirá en lo presente. Su desprecio se esconde bajo el velo de la consagración.

Pero que no se siga contrabandeando con la idea de que el Doctor hace todas esas obras únicamente para eternizarse. Lo correcto es también decir que ese construir es la alimentación de las serpientes a las que se ve obligado, porque ese ha sido su estilo, la dinámica a la que él le ha dado forma, el pan que reparte mientras del otro lado está el circo, la manera de generar unidad en su entorno, de doblarle el cuello a la vieja moral de la justicia y la razón y compadecerse ante las naturales miserias humanas. Subido en la carroza faraonica, el afan de tirar cemento es la forma de concitar energía a su alrededor, y por lo tanto, de lanzarlo, aún cuando ya ni se tengan las fuerzas ni las convicciones en esas alturas.

La Babilonia del Doctor está ya construída. Santo Domingo es Los Ángeles del Caribe, donde los autos son la metáfora del placer, del bienestar, del poder, en una palabra.

Adonde el Doctor no ha llegado ha sido al libro de Jeremías, pero tampoco a las enseñanzas del Eclesiastés. Si él interpretara en lo positivo aquello de que todo es vanidad, tal vez se hubiera decidido por una mayor paz interna. Naturalmente él buscará la misma a través del control de su respiración y sus paseos por el Mirador Sur, como nos confesará uno de sus confidentes, pero de esa respiración que siente al otro, no habrá el más mínimo rastro.

Él se admira de los desaciertos del hombre, confieza que todo es banal, pero con distancia claro, sin situarse en el centro, sin tomar responsabilidad en ello, dejándolo todo en mano del destino, de las fuerzas ciegas. Así se consuela. Así quiere que le perdonemos. ¿Qué haremos?

#### IV. Juan Bosch.

Aunque siempre ha tenido relaciones tirantes con la institución eclesiástica, el profesor es lo más cercano al cristianismo que tenemos.

El ha insistido sobre todo en la moral, la fidelidad a los principios, el creer en sí mismo. Por eso, ha tenido colisiones durante los últimos treinta años con las monedas de la dominicanidad en circulación. Sus fracasos son en el fondo la constatación de nuestras miserias.

Bosch no es un político en el sentido contemporáneo del término. El aferramiento a sus principios no le permite negociar. El apuesta al frente a frente, al vencimiento y a veces al convencimiento. Él a veces equivoca la ruta: su camino no es el de las calles de nuestros barrios, sino las que forman el Jardín de Epicuro. En el fondo él es un moralista que se equivocó de país y de época, y que sin embargo, constituye nuestra gran reserva moral, el prototipo de lo que debimos ser y tal vez nunca seamos.

Dios para el Profesor no es motivo de especulación. Su Dios es el principio de la justicia social. Sus metáforas están más acá del Nuevo Testamento que del Antiguo: sacar a los fariseos del templo, entendiéndose, eliminar la corrupción, procrear la Nueva Jerusalén.

Su concepción del partido es mezcla de La Trinitaria duartiana y de los 12 apóstoles que se desparramaron por el Asia menor para llevar las el mensaje de las Buenas Nuevas.

Leer, estudiar, comprender la historia, buscar las referencias del imaginario colectivo: ahí están los basamentos de su partido. El creer pasa por el comprender. ¡Buen alumno de Santo Tomás de Aquino el Profesor!

El conocimiento de la historia es la puesta en escena del sujeto, la obligación de darle y darse vida así, enmarcándolo en unas coordenadas precisas, con sentidos. A diferencia del Doctor, no hay destino sino realidad que día a día se forja. La gracia de la historia -dígase la divina en el argot balaguereano- aquí no contiene el azar o lo mágico como elemento preponderante.

En el Profesor late ese espíritu positivista de fe en la ciencia y en el progreso. Hay que cohesionarlo todo desde arriba, a la manera del consejo de los sabios de la antigua Grecia. Si el profesor observa y actúa, el Doctor espera y se deja llevar por las fuerzas que vienen,

respondiendo siempre con la fuerza contraria, no con la suya. Frente al positivismo del Profesor, tenemos el romanticismo conservador del Doctor.

El no tener la iniciativa y esperar el ataque es la fuerza de este último, lo que en cierta medida lo mitifica en el sentido común, porque es precisamente su contrario, lo que quisiera ser, un objeto del deseo.

El decálogo del Doctor privilegiaba la fuerza del destino en la medida en que había -y hay- un principio autorista en la cotidianidad del dominicano. Es mejor para éste reforzar lo tradicional, alimentar lo inmediatista, crear círculos de apoyo aunque se los desprecie, que ponerse a mover los andamios de cinco siglos y pretender otro mundo, como lo ha intentado el Profesor.

El Doctor puede esperar porque, a pesar de cualquier resultado que venga, él no tiene una apuesta, una decisión, una meta en la vida.

Su religión es la del servicio al Estado, en tanto no sólo en su infancia tuvo el encanto de la familia y luego no pudo menos que vestirse con el velo de la soltería. Su templo fue el Palacio Nacional. En los últimos sesenta años él no ha podido pasearse a gusto por la ciudad, apropiarse de las pequeñeces de la vida, sino estar ahí, a la espera, a veces desesperando al otro con los dardos de su indiferencia. Su vida siempre fue hacia arriba o hacia atrás, pero no al ritmo del reconocimiento de lo que a su alrededor surgía. Enrolado desde su juventud en la ruedas del oficialismo, no pudo trascender la insularidad, a pesar de sus años de estudio en Europa y sus labores diplomáticas.

Juan Bosch, sin embargo, se ha formado en la moral del trabajo, del sacrificio. El sabe muy bien lo que son las dificultades financieras y el estar rodando de país en país, ganándose el pan con la pluma o con los servicios, sin comprometer las convicciones.

Si el Doctor es canónico, el Profesor es apostólico. Para uno el pueblo es la masa, la chusma. Para el otro es un tejido, que se transforma por la educación, por ello el énfasis permanente en las enseñanzas hostosianas, a diferencia del Doctor, su enterrador, desde aquellos días de la Era en que dirigiera la Secretaría de Educación.

La Biblia para Bosch ha sido motivo de reflexión. Producto de ello han sido sus libros sobre el rey David y Judas el Iscariote. A pesar de esto, por su carácter librepensador, la iglesia siempre lo ha mirado con ojerizas.

En 1963 fue la famosa polémica con el padre Láutico García lo que, si bien sentó el marco de sus devocionario político después de su vuelta del exilio, no logró despejar todas las desconfianzas en nuestros sectores más tradicionales. Sus propuestas de secularizar el Estado y luego la sociedad fueron exorcizadas dentro de la histeria de nuestra guerra fría particular, que sólo veía comunismo en cualquier crítica al Orden establecido.

En la campaña electoral de 1990 los reformistas (balagueristas) presentaron recortes de un video donde sólo se podía ver el momento donde confesaba que no creía en Dios, pero no las fracciones de segundos anteriores cuando había dicho que el Dios de las injusticias no era su Dios.

Se discute sobre el impacto de este spot publicitario en la reducción de votos electorales. Aparte de esto, lo cierto es que al menos logró legitimar en parte el fraude electoral tras el cual confirmaríamos el asentamiento del balaguerismo.

## V

La idea de Dios nos brinda un sentido de comunidad, aunque los sentidos del ser cristiano no produzcan nuevos valores ético dentro de nuestros políticos.

A partir de las últimas elecciones, la tendencia hacia las formas de hacer política no pueden ser menos preocupantes.

De nuevo los fines justifican los fines, al diálogo se le sustituye por la negociación, los principios que se barajan dejan de ser principios, y se convierten en puntos intercambiables dentro de un universo en el que el tanto tienes tanto vales será la nota distintiva.

Por un lado nos alejamos ostensiblemente de la enseñanzas bíblicas. Por otro, como no tenemos marcos legitimadores como el que nos brinda la iglesia, quien entre en conflictos con sus reglas, quien intente un diálogo a partir del derecho a situarse como diferente o no perteneciente a sus reglas del juego, entonces será excluido, cuando no criminalizado.

En los hechos Bosch es un cristiano hecho y derecho mientras Balaguer se parapeta en postulados agnósticos y nihilistas, no aceptando de hecho el mensaje de la Biblia, dudando incluso de la posibilidad de que el Señor, allá arriba, exista.

Tal vez sea porque él se considera como el único señor sobre estas tierra, o sobre esta Isla.

O tal vez no.

Quién sabe si el lector me ayuda a quitar arena a estos naufragos de la dominicanidad.

## **JOAQUÍN BALAGUER, DEL CORTESANO AL AVE FÉNIX**

### **Lo cruento de lo real maravilloso dominicano**

Es más viejo que Compay Segundo y no ha tenido que esperar la vejez, como el trovador cubano, para alcanzar el estrellato de un firmamento caribeño. Apenas a siete años de cumplir cien años de vida, Joaquín Balaguer, o “el Doctor” -como sus paisanos se han acostumbrado a denominarlo-, ya es todo un mito latinoamericano, y quién sabe si va más allá.

Llevado de la mano de Mario Vargas Llosa, quien lo sitúa como una de las claves mágicas en su “Fiesta del chivo”, y catapultado por las elecciones presidenciales del 16 de mayo, en las que participa por octava vez, actualidad y futuro dominicanos son incomprensibles sin su figura.

No hay político activo en el mundo que lo supere en edad ni en capacidad camaleónica ni en duración frente a la gestión gubernamental. Es poeta, crítico literario, biógrafo, ha sido un poeta musicalizado, ha escrito libros sobre historia y cultura griega, española, inglesa. En el sofá de su residencia se han sentado desde Henri Kissinger hasta Fidel Castro, pasando por todo tipo de héroes, hasta el mismísimo astro del béisbol Sammy Sosa. Todos buscan su bendición. De alguna manera siempre es inevitable estar en su cercanía.

Recibió los elogios del gramático español Ramón Menéndez Pidal por sus “Apuntes para una historia prosódica de la métrica castellana”, publicada en 1954 por el madrileño Instituto Miguel de

Cervantes. Desde 1930 ha manejado alguna batuta en la política dominicana, ocupando desde los años 50 los titulares de la prensa. Y sin embargo, nunca ha bailado, ni se le han reconocido hijos o amantes, ni se ha excedido en ocasión alguna en comidas, tragos, o frases descompuestas.

Verdadero rompecabezas para semiólogos, cronistas, correligionarios, políticos opositores o gente de la calle, sus declaraciones o gestos siempre son motivo de acaloradas discusiones o consultas olímpicas en la Enciclopedia o en cualquier oráculo.

Desde que dejara el poder la primera vez en 1978 empujado por el voto popular, Joaquín Balaguer aprovecha las frescas horas de las tardes de Santo Domingo para ir a pasear. Lo hace en el Mirador del Sur, una franja verde que durante su gestión de doce años (1966-1978) él ordenara constituir en Parque. El Doctor no deja de asumir en estos paseos el viejo fasto de su halo presidencial. A veces parece un Ben-Hur pensionado y a pie. Disfruta de la tarde con su inevitable saco -negro o gris-, bajo una sombrilla que uno de sus edecanes militares siempre tiene a mano, en franco contraste con las tropicales bondades del clima dominicano. Gustador de las comparaciones del clasicismo griego y de los prohombres del imperio romano, bien que podría rememorarse en estos paseos el de Adriano gozando de sus construcciones. Cualquier aseveración o chiste o frase con puntos suspensivos del Doctor durante esos paseos puede variar alguna propuesta congressional, disponer algún nuevo decreto o propiciar una reunión en el Consejo de Ministros.

Sin embargo, a pesar del proceso de disminución de sus capacidades físicas e intelectuales, del peso de su Partido Reformista disputándose un segundo lugar con el partido oficialista, el de la Liberación Dominicana, Joaquín Balaguer es la gran bisagra de la política dominicana y de sus accesos a la modernidad política. El futuro de los próximos cuatro años está en sus manos. Quizás vaya mucho más allá de su desaparición física.

### **BAJO LOS DESIGNIOS DE LA ERA DE TRUJILLO.**

Nacido el primero de septiembre de 1906 en un campo periférico a Santiago de los Caballeros, la segunda ciudad más importante de la República Dominicana, fue el único varón entre siete hermanas. Antes de los veinte años había publicado sus primeros

libros de poemas. Pronto se le reconoció como un excelente orador, recitador. Graduado de abogado en 1930, en ese mismo año ejercerá la profesión por única vez en su vida.

Implicado en las manifestaciones nacionalistas que le siguieron a la primera Ocupación militar norteamericana de la media isla dominicana (1916-1924), será uno de los primeros en ponerse a mando de un oscuro oficial prontamente convertido en Padre de la Patria Nueva: Rafael Leonidas Trujillo Molina.

El joven abogado viajará a Francia, donde completará el doctorado en Derecho y Economía Política, a la vez que cumplirá funciones diplomáticas para el régimen recién instaurado. Tras su regreso a Santo Domingo en 1937 -entonces convertida en Ciudad Trujillo-, irá escalando escalafones, desde subsecretario de la Presidencia, pasando sirviendo en el cuerpo diplomático en España, Colombia, Honduras y México, ministerio de Relaciones Exteriores, Educación y de la Presidencia, hasta convertirse en el último presidente títere de la Era de Trujillo, entre 1960 y 1961.

No valieron los esfuerzos del exilio antitrujillista en la Habana y Bogotá para ganárselo, ni el terror que entre sus contemporáneos y amigos sembrara el régimen. En una histórica entrevista con uno de los líderes del exilio y luego primer presidente democrático en 1963, Juan Bosch, el diplomático le haría saber a éste, en aquellos años cuarenta, que sólo el que está a la sombra del árbol podría disfrutar de los frutos caídos.

No mostrar ambiciones ni sentimientos, ofrecer toda la pericia y el esmero en las misiones encomendadas y hacer mutis de cualquier indiferencia oficial, poniendo cara de esfigie, se convirtieron en fórmula mágica para conservarse a la sombra del trujillato. La espera daría sus frutos. En sus "Memorias de un cortesano en la Era de Trujillo" (1988), el Doctor parece felicitarse al declarar haber sido "el único dominicano que permaneció durante 31 años al lado de Trujillo sin haber dejado de pertenecer un solo día a la administración pública y sin haber recibido jamás de él un puntapié ni un reproche". ¡Mal de muchos -o de todos-, consuelo de Balaguer!

La clave de tales éxitos tan tempranos será aclarada poco después en las mismas "Memorias...": "Una de las enseñanzas que me ha proporcionado mi permanencia durante casi 60 años en la actividad política, es el valor que tiene para un público el dominio de sus sentimientos y de sus reacciones ante la crítica..."

## Las otras claves del éxito balaguerista

Nadie como Joaquín Balaguer supo nadar más inteligentemente en las últimas huracanadas de la Era de Trujillo (1930-1961). Luego de las fastuosas celebraciones de la Feria de la Paz y Confraternidad en 1955, en la que se celebrarían los 25 años del régimen, todo parecía indicar que la República Dominicana no sólo marchaba al son del desarrollismo de los años 50 sino que era uno de los baluartes de la Guerra Fría. A Ciudad Trujillo vendrían a dar en el segundo lustro de este decenio cuanto dictador era derrocado, desde el argentino Juan Domingo Perón, el venezolano Marcos Pérez Jiménez, hasta el cubano Fulgencio Batista.

Gracias al apoyo que brindara la triunfante revolución cubana, desembarcó en junio de 1959 una avanzada guerrillera que si bien perdió en el campo de batalla, tomaría el imaginario de la juventud urbana dominicana. En poco menos de un año se formó en las principales ciudades dominicanas un decidido movimiento antitrujillista. La participación de la dictadura en el atentado que se le hiciera al presidente venezolano Rómulo Betancourt -antiguo amigo del Doctor Balaguer-, y la atroz muerte de las tres hermanas Mirabal en 1960, fueron las gotas que hicieron derramar el vaso de la paciencia dominicana, norteamericana y de la opinión pública internacional. En una jugada de alfil el tirano quita de la presidencia de la república a su hermano Héctor Bienvenido y pone en su lugar al vicepresidente Doctor Joaquín Balaguer. La Era de Balaguer había comenzado, hasta el día de hoy, y tal vez hasta el infinito.

Rafael Leonidas Trujillo es asesinado el 30 de mayo de 1961 durante uno de sus habituales paseos por el malecón de Santo Domingo. El nuevo presidente títere tiene que ceder a las presiones populares, tratar de detener la carnicería que ha desatado la familia del tirano y contemporizar con las presiones que desde Estados Unidos prevén un peligroso estallido popular justo en la isla más cercana a Cuba.

Balaguer le entrega el poder a un Consejo de Estado y se asila en enero de 1962 justo al lado de su casa, en la Avenida Máximo Gómez, en la Nunciatura Apostólica. Se marcha a Nueva York, donde prontamente formará el Partido Reformista.

Para 1962 la capital dominicana no sólo ha recuperado su centenario nombre de Santo Domingo, sino que es espacio abierto

para el regreso del exilio. Comunistas y demócratas, socialcristianos e independientes, la oposición más varopinta, se dan cita en esta hora supuesta de la democratización.

Del primer proceso electoral popular del siglo sale electo el profesor Juan Bosch, del Partido Revolucionario Dominicano. Sin embargo, lo que debía ser una gestión de cuatro años se convirtió en una experiencia sietemesina. Derrocado Bosch, inmediatamente enviado al exilio, el líder más carismático del momento, viudo de una de las hermanas Mirabal, el doctor Manuel Aurelio Tavárez Justo, decide levantarse en las montañas junto a su Movimiento Revolucionario 14 de Junio. La experiencia guerrillera es aniquilada.

El 24 de abril de 1965 un grupo de oficiales de las Fuerzas Armadas se une a las fuerzas populares y revolucionarias del momento y reclama la vuelta a la Constitución proclamada por el gobierno de Bosch. Apenas cuatro días después de tomada las instalaciones de Radiotelevisión Dominicana y constituido el gobierno revolucionario, cuarenta y dos mil marines norteamericanos desembarcaron por la costa sur dominicana para recuperar la capital y "salvar vidas de ciudadanos norteamericanos", como declaró el presidente Lyndon B. Johnson.

Juan Bosch no llega a tiempo para enfrentar la Revolución que lo estaba reclamando. Durante los mismos días de la contienda Joaquín Balaguer aprovecha un hueco dentro de los combates para colarse en Santo Domingo, en razón de los malestares físicos de la madre que ha dejado en esta ciudad.

En poco más de tres meses la insurrección constitucionalista es derrotada. Se forma un gobierno provisional bajo el doctor Héctor García Godoy, llamándose a elecciones.

En un país ocupado militarmente por los Estados Unidos, bajo una atmósfera de terror contra-revolucionario, Juan Bosch y Joaquín Balaguer serán las grandes ofertas electorales de los partidos revolucionario y reformista respectivamente. Mientras el profesor Bosch hará una campaña desde su casa, el Doctor se movilizará a su antojo. Bajo el amparo de la OEA, el temor norteamericano a una nueva Cuba, las acusaciones de comunista que desde importantes sectores eclesiásticos y de poder recibía el profesor, se hizo evidente que sólo habría un ganador: su pronta Excelencia el Doctor Joaquín Balaguer.

## Los doce años del terror

Para el dominicano promedio hablar de “los doce años” es referirse al período 1966-1978. Grandes jalones conformaron ese momento. Mientras el gobierno balaguerista procedía a una política de “varilla y cemento”, mediante la cual trataba de hacer más eficientes las industrias y empresas expropiadas a la familia Trujillo, por el otro descabezaba todo gesto opositor y con alientos izquierdistas.

Modernización y represión fueron la combinatoria del Balaguer de los doce años. Más de seis mil dominicanos fueron asesinados. En la célebre película “Estado de Sitio” del realizador griego Costa Gavras, puede observarse cómo Santo Domingo sería la primera estación de aquel famoso especialista en tortura, que luego haría escuela en las cárceles de Brasil y Uruguay.

De los asesinatos y medidas represivas serían luego responsabilizados “los incontrolables”, los “corruptos”, aquellos que “sólo se detenían en la puerta de mi despacho”, como declarara el mismo presidente.

El presidente de la República nunca se dio por enterado del clima represivo del momento.<sup>60</sup> En sus alusiones públicas se refería más a los prohombres de la República Romana y a las gestas del Renacimiento que al acontecer de las calles dominicanas.

En 1973 el último intento guerrillero se llevó de paso a la figura más carismática de la oposición, al coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó, el mítico líder de la Revolución de Abril de 1965. En el mismo año el profesor Bosch dejó el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) y formó el de la Liberación Dominicana (PLD), el mismo que en 1996 formaría un “Frente Patriótico” con el Partido Reformista de Balaguer, para acceder al gobierno de la República Dominicana. Lo impensable a principios de 1994 -el último de lucidez en la vida de Juan Bosch-, sería cruda realidad apenas dos años después.

Gracias a esta división del PRD el liderazgo de José Francisco Peña Gómez se consolida. De origen haitiano, abogado, locutor y

---

60) En 1970 hubo 275 muertos y desaparecidos, mientras que en el primer semestre de 1971 se contabilizaron 85, según Silvio Herasme Peña, El Nacional, 4 de julio, 1971 (cit. por Carlos María Vilas, “La política de la dominación en la República Dominicana”, p. 165, en Acosta 1973).

poeta, Peña Gómez se convertiría en la figura más carismática dentro de la oposición. En los años 70 encabezará la oposición más consecuente del anti-balaguerismo. En 1978 el PRD gana las elecciones presidenciales, aunque tiene que ceder al fraude que le permitirá a los balaguerista controlar las cámaras congresionales. El hacendado cibaeno Antonio Guzmán será el nuevo presidente.

## **Años de espera**

Para 1978 Balaguer ha perdido la vista. El glaucoma es irreversible. Su cotidianidad parece reducirse a los paseos por el parque Mirador del Sur y a las visitas a la tumba de su madre en el cementerio Cristo Redentor. Bajo la sombrilla al aire libre o disfrutando del aire acondicionado en el sótano del panteón familiar, el Doctor parece más un viejo apacible que un afanado por la "silla de alfileres" o solio presidencial.

El reformismo parece cosa del pasado. Sin embargo, el perredeísmo triunfante no logra engarzar con las aspiraciones populares. El aumento del gasto corriente dispara la inflación. El peso que antes de 1980 llegó a cotizarse a menos de dos por un dólar, se dispara hasta un trece por uno en 1986. Poco antes de entregar su gestión en 1982 el presidente Antonio Guzmán se suicida de un disparo en la silla de barbero, en pleno Palacio Nacional. El gobierno perredeísta de Salvador Jorge Blanco continuará las viejas prácticas dilapidadoras del gasto corriente. La figura de Balaguer se eleva como de aquellas cenizas míticas.

En 1986 el balaguerismo gana la presidencia. Gracias a un colosal fraude en 1990 repite la experiencia, arrebatándole por sólo 30 mil votos la presidencia a Juan Bosch.

## **Un presidente para el siglo XXI**

El doctor Balaguer es parte del imaginario mítico dominicano. Fanático de lo nacional en función de la hispanidad, él mismo se concibe como un mito, autopercibiéndose como una necesidad histórica. Pero además de estas percepciones, están aquellas que reafirman tal conciencia, como en una carta desde Madrid, fechada el 1 de febrero de 1967, en la que Juan Domingo Perón le dice: "En la República Dominicana no existe un hombre de sus

condiciones y virtudes para gobernarla, en consecuencia, Usted es el llamado por el destino a hacerlo en provecho de la Patria”.

Si a eso le aderezamos algunas de sus costumbres no tendremos menos que pensarlo como una suma de lo real maravilloso caribeño.

Cuenta Roberto Victoria en su obra “Los diez mandamientos de Balaguer”, que una de las claves de conversación de Balaguer es el ejercicio de respiración que realiza durante sus paseos, inspirado en antiguos rituales hindúes. Otras serán lo frugales de sus hábitos alimenticios, a la debilidad en sus saludos con la mano, a lo liviano de sus gestos. En su diario vivir no faltan los caprichos. Durante su última gestión (1990-96) enviaba con regularidad una avioneta a Miami con el encargo de traer latas con helados.

Sus viajes de salud a Miami y a Houston han recibido más atención que los aprestos frente a cualquiera de los ciclones que puntualmente acuden a esta isla caribeña. Se dice que el Doctor, debido a su edad, padece de incontinencia, lo que quiere decir, que realiza sus necesidades físicas en cualquier momento. Tal limitación no ha sido desmentida por uno de los doctores que lo atienden y que prefiere quedarse en el anonimato: “El Doctor no sufre de incontinencia, no, él sabe calcular los pasos, que serán ocho o diez, de la cama al sanitario”.

Balaguer ya es parte de la literatura. Antes de que Vargas Llosa lo dibujara en su “Fiesta del chivo” como “un hombrecillo desalmado que escribía versos” y ser de “microscópica humanidad”, estaba la novela del dominicano Viriato Sención situándolo como un genio del mal en “Los que falsificaron la firma de Dios”. Esta obra, que llegaría a ganar el Premio Nacional en 1995, sería descalificada por la Secretaria de Educación de entonces, Jacqueline Malagón, quien la consideraría como ofensa a la moral del Doctor.

### **“BALAGUER VUELVE POR TI”**

La vigencia de Balaguer es mezcla de suerte y desgracia.

Los dos grandes líderes opositores desaparecen en los últimos dos años: José Francisco Peña Gómez muere en 1998, Juan Bosch entra en los arcanos del Alzheimer. Balaguer se queda solo. Todos lo visitan y cada quien sabe que sin su influencia no hay árbol de

la política que se mueva en el país dominicano. Prácticamente no puede moverse. A un acto en la Biblioteca Nacional realizado a principios de mayo tienen que entrarlo con todo y auto. En las elecciones del martes 16 de mayo la imagen no fue distinta: a Balaguer le introducen la urna dentro del Lincoln Continental en el que se desplaza. Entre el forcejeo de guardaespaldas y periodistas, la tinta indeleble que confirma el depósito del voto, cae sobre uno de sus seguidores. ¿Será tal vez ésta la última mancha roja de su paso por la política?

Las elecciones del 16 de mayo son su última gran prueba. Aunque las leyes de la naturaleza a veces extiendan sus bondades, con seguridad que algún día Balaguer se diluirá en la nada. El balaguerismo, ya asumido dentro del imaginario del dominicano, quedará como la marca con la que entramos en la modernidad. Que un 34 por ciento del electorado joven haya tenido al doctor Balaguer como una de sus alternativas más a tomar en cuenta nos pone a pensar que el balaguerismo va más allá de lo real maravilloso dominicano.

## REQUIEM

### **Joaquín Balaguer vivió y murió con una mirada esquiva.**

Indolente ante los que ardían, indiferente al mundo destruyéndose tras sus puertas, vivió para sólo para sí. Ni el dolor de miles de madres, padres, hijos, ni la sangre que día a día recorría Santo Domingo y muchas de nuestras ciudades y muchos de nuestros campos, ningún grito pudo trasponer ese muro de sordidez y voz cicerónica que le tronaba delante de los micrófonos.

No bien su cadáver recorría el trayecto de la Clínica Abreu a la Funeraria Blandino cuando la avanzada blindada del balaguerato lanzaba sus rugidos bajo el *me bajo el sombrero* de la reverencia de muchos de sus antiguas víctimas.

Joaquín Balaguer desapareció pero los balagueritos de todos los calibres insisten en refrendarse en la vida nacional. Y Balaguer no desapareció sólo. Los que se quitaron el sombrero para honrarle con el cuerpo presente o algunas columnas periodísticas o en cualquier medio de comunicación, se convirtieron en cómplices de tanta devastación.

Tras aquel domingo catorce de julio del 2002 la Prensa, los medios de comunicación, la opinión pública, sólo reconocen los nuevos músculos de los Charles Atlas y Exterminadores del Balaguerismos y sus recuerdos. Hora es de situar al Doctor y sus días y sus sombras.

¿Fue Balaguer un cristiano? No: ni amó a su prójimo ni puso la otra mejilla ni le dio de beber al que tenía sed, aunque bien hay que recordar que dejó que los militares hicieran y deshicieran, que no sólo les dio de beber y de comer a éstos, sino de morder, de matar, de ajusticiar, de dejar huérfanos a toda una generación.

¿Fue Balaguer un ejemplo de padre? No: ni los cargó en sus años infantiles ni se comió con ellos algún helado, aunque sí tenía tiempo para mandar a un avión a Miami a comprar cargamentos de ellos para la hora del postre.

¿Fue Balaguer un ejemplo de demócrata? Siempre dijo que seguiría a caballo y que no es bueno cambiar de caballo en mitad de un río. Díganme alguien: pertenecen los equinos al mundo de la democracia.

¿Fue Balaguer un buen poeta? Mientras Fabio Fiallo le cantaba a la amada y lo que se remeneaba entre sus pechos, Balaguer se extasiaba en sus carnes transparentes.

¿Fue Balaguer un buen dominicano? Aparte de sus pasiones patrióticas, las otras pasiones también patrióticas del dominicano fueron por él desconocidas: el concón, el despelote los fines de semana, el trago de los muertos. Nunca se le conocieron ni pasiones musicales ni gastronómicas ni siquiera hay una foto del Doctor paseando por alguna calle de Santo Domingo que no fuera con la trulla de compatriotas.

Estamos frente a una cultura de la impunidad triunfante, a borrón y cuenta nueva lacerante, al remachamiento de un lado esquivo de la dominicanidad.

El problema no es pasarse recordando los crímenes y los atropellos, sino hacer del diálogo y de la razón nacional un principio de convivencia. El problema no es estar sacando contabilidad de muertos de aquellos 31 años, de éstos 12 años, sino de asentar la historia en la verdad de sus hechos y no en la almohada de algún funcionario de turno. La cuestión no es crucificar a un anciano

nonagenario sino de enjuiciar con la serenidad de un cirujano tantas grietas, hechos y deshechos en el alma nacional.

El balaguerismo es algo que trasciende a la figura de Balaguer.

El país dominicano vive en una Ciudad Balaguer. El país dominicano no se libera así nomás de su sombra, más aún cuando el balaguerismo es la espina dorsal de la política dominicana.

Es necesario superar estos estadios balagueristas del espíritu para acceder a un sentido libertario de la modernidad.

Por eso estaremos atentos a esta manera en que monedas de los viejos y nuevos autoritarismos, ya sean con la cruz o la cara, con Trujillo o Balaguer, sigan siendo el valor de cambio de nuestra sociedad.

Por eso estas páginas.

## BIBLIOGRAFÍA:

- Acosta, Mercedes et al (1973): *Imperialismo y clases sociales en el Caribe*. Cuenca Ediciones, Buenos Aires.
- Balaguer, Joaquín (1944): *Guía emocional de la ciudad romantica*. Editorial El Diario, Santiago de los Cabaleros.
- (1954): *Dios y Trujillo. Una interpretación realista de la historia dominicana. Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia leído por el doctor Joaquín Balaguer en la sesión solemne celebrada el 14 de noviembre de 1954*. Clío, Órgano de la Academia Dominicana de la Historia, año XXII, núm. 101, octubre-diciembre, pp. 1-4. Reproducido en Abelardo Nanita, editor: *La Era de Trujillo*, tomo I. Año del Benefactor de la Patira, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1955, pp. 50-61.
- (1955): *El Pensamiento vivo de Trujillo (Antología)*. Selección, prólogo y notas de Joaquín Balaguer. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo.
- (1973): *Temas educativos y actividades diplomáticas*. Fuentes Impresores, México D.F.
- (1988): *Memorias de un cortesano de la 'Era de Trujillo'*. Editora Corripio, Santo Domingo.
- Belliard, Basilio (2001): *Bosch y Hostos: Un estilo, una influencia, un ideal*. Listín Diario, 9 de diciembre.
- Cassá, Roberto (1982): *Capitalismo y dictadura*. Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo.

- Céspedes, Diógenes (1989): *El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico: los intelectuales antes de y bajo Trujillo*. Cuadernos de Poética, VI, 17, pp. 7-56.
- Chantada, Amparo (1998): *Del proceso de urbanización a la planificación urbana de Santo Domingo (La política urbana del gobierno del Dr. Joaquín Balaguer, 1986-1992)*. Comisión Presidencial para la Reforma y Modernización del Estado, Ciudad Alternativa, Invi y Copadeba.
- Foucault, Michel (1990): *La vida de los hombres infames*. Presentación de Fernando Savater, edición, traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- (1991): *Saber y verdad*. Edición, traducción y prólogo de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Ediciones de la Piqueta, Madrid.
- Gazón Bona, Henry (1949): *La arquitectura dominicana en la Era de Trujillo*. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo.
- González, Raimundo, Michel Baud, Pedro L. San Miguel y Roberto Cassá (editores) (1999): *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Doce Calles, Academia de Ciencias de la República Dominicana, Santo Domingo.
- *Encuesta sobre la influencia de Hostos en la cultura dominicana* (1956). Editora del Caribe, Ciudad Trujillo.
- Gutiérrez Laboy, Roberto (1992): *Hostos y su filosofía moral*. Ediciones Sociedad Histórica de Lajas, Inc., Lajas, Puerto Rico.
- Harding, Bertita (1949): *The Land Columbus Loved. The Dominican Republic*. Coward-McCann, Inc., New York.
- Henríquez Ureña, Pedro (1976-1980): *Obras completas*, en diez tomos. Edición de Jacobo de Lara, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo.
- Hostos, Eugenio María de (1939): *Obras completas*, en veinte tomos. Ediciones Conmemorativas, San Juan de Puerto Rico, 1939.
- (1982): *Moral social. Sociología*. Prólogo y cronologías de Manuel Maldonado-Denis. Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- Jimenes Grullón, Juan Isidro (1999): *Juan Bosch al desnudo. Joaquín Balaguer al desnudo. Recopilación de 46 artículos publicados en el periódico El Sol, en 1982*. Edición y compilación de Ángel Moreta. Colección Sociología Dominicana Núm. 1, Fundación Hostos, Santo Domingo.
- Von Kügelgen, Helga (1992): *Ins Fremde sich einwohnen. Exil mit der Antike. Erwin Walter Palm in Santo Domingo*. Heidelberger Jahrbücher XXXVI, Herausgegeben von der Universitäts-Gesellschaft Heidelberg, Springer Verlag, pp. 65-80.
- Lugo, Américo (1993): *Obras Escogidas*, en dos tomos. Biblioteca de Clásicos Dominicanos vol. XV, Ediciones de la Fundación Corripio, Santo Domingo.
- Mateo, Andrés L. (1993): *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Librería La Trinitaria e Instituto del Libro, Santo Domingo.
- Massuh, Víctor (1955): *América como inteligencia y pasión*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.

- Moya Pons, Frank (1997): *Manual de Historia Dominicana*. Caribbean Publisher, Santo Domingo.
- Peña Batlle, Manuel Arturo (1989): *Obras I, Ensayos históricos*. Compilación y presentación de Juan Daniel Balcácer. Fundación Peña Batlle, Santo Domingo.
- (1991): *Obras II, Previo a la dictadura, la etapa liberal*. Compilación, presentación y comentarios de Bernardo Vega. Fundación Peña Batlle, Santo Domingo.
- Pérez Montás, Eugenio (1998): *La ciudad del Ozama. 500 años de historia urbana*. Patronato de la Ciudad Colonial y Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español, Santo Domingo.
- Rancier, Omar (1998): *Apuntes sobre la arquitectura de la Era de Trujillo*. El Siglo, 14 de febrero.
- Rodman, Selden (1964): *Quisqueya. A History of the Dominican Republic*. University of Washington Press, Seattle.
- Rodríguez de León, Francisco (1996): *Balaguer y Trujillo. Entre la espada y la palabra*. Artes y Ediciones Caribe, Santo Domingo.
- Vicioso, Chiqui (2001): *Hostos y su concepción sobre la mujer*. Secretaría de Educación, Santo Domingo.
- Victoria A., Roberto (1995): *Los diez mandamientos de Balaguer*. Rápido Printings, E.U.